CUENTOS TRADICIONALES DE JAPÓN

INDICE

La leyenda del árbol sagrado

Se dice que en Japón, en plena era Feudal los espíritus y los monstruos cansados de ser rechazados por la sociedad y de mantenerse ocultos, decidieron liberarse y estar en la superficie de la tierra sin esconderse, por lo que vagaban en todas la direcciones causando destrucción y terror a su paso. Estos seres eran tan poderosos que solo un grupo de bestias sagradas podían detenerlos, mismas que fungían como los guardianes de los cuatro puntos cardinales: "El Ave de Fuego" perteneciente al norte, del sur era "El Zorro Blanco; "El Dragón" representaba al este y finalmente "El Perro Sagrado "quien se encargaba de custodiar

el oeste.

Los guardianes lucharon contra los espíritus y monstruos, sin embargo 3 de las bestias fallecieron cumpliendo su deber. El único que sobrevivió fue el guardián del Oeste, quien le pidió a una joven humana el favor de continuar su descendencia...

En el momento en que el guardián le propone esto a la joven, esta experimente sentimientos encontrados, ya que por un lado se sentía comprometida por tal petición, también se sentía honrada por el hecho de que ese guardián formaba parte del grupo de quienes lograron salvar al mundo. Después de meditarlo decide aceptar tener un hijo con el "Perro Sagrado".

Con el paso del tiempo la joven dio a su tan anhelado hijo, pero no era un "niño normal", no era un humano, ni era bestia si no una combinación de ambos, característica que a la madre no pareció importarle, ella estaba consciente de que él era diferente a los demás pero finalmente era su hijo.

Sin embargo no todos pensaban de la misma forma, por un lado en la aldea le temían ya que pensaban que podía lastimarlos y las bestias lo consideraban no digno, ya que no tenía "sangre pura". A pesar del rechazo de ambos lados, su madre lo educó como si fuera un humano. El niño estaba consciente de su condición pero se sentía protegido por su madre, quien además de protegerlo lo amaba...pero no todo es para siempre y este niño lo descubrió

lleno de dolor ya que al pasar algunos años su madre falleció.

Pero este acontecimiento fue el primero que marcaría una vida llena de dolor y temor ya que uno de sus hermanos, el mayor, que era un monstruo (simbolizaba el mal) con ”sangre pura” decidió terminar con sus hermanos que él consideraba como bastardos, y asesinó a sangre fría a su hermano menor, que era humano (simbolizaba el bien), mientras que él era el equilibrio de las dos fuerzas. Después de terminar con la vida del hermano más pequeño, el hermano mayor fue en búsqueda del híbrido con la firma intensión de matarlo, sin embargo el hanyou, se dirigió a la tumba de su padre e hizo una espada con uno de los colmillos de su progenitor con la finalidad de protegerse de su hermano.

El hanyou pudo enfrentarse con su hermano quien era sin lugar a dudas mucho más fuerte que él, pero teniendo a la espada como aliada logró combatir y defenderse, pero ambos quedaron lastimados, llegando a quedar inconscientes pero como por arte de magia el hermano medio al despertar tenía forma de humano. El hanyou ahora con su nueva apariencia fue descubierto por una bella chica con quien se dio el amor a primera vista, dicho flechazo fue tan fuerte que sin pensarlo mucho decidieron casarse y jurarse amor eterno.

Pero la felicidad del hanyou fue minada por el mismo, ya que días después de la boda decidió llevarla a un bosque para mostrarse tal

como era, mitad demonio, mitad humano, sin embargo las cosas no salieron como él esperaba, ya que su esposa al ver su verdadera apariencia no supo que hacer en primera instancia, pero después llena de temor y horror, tomó una estaca y la clavo en el corazón de su ”amado”, dejándolo unido al roble más grande del lugar, después de tan horrible situación, la mujer se quitó la vida con la firme idea de que cuando llegasen a reencarnar, se encontrarían de nuevo y serían felices.

Pero la mujer ignoraba que el alma de esa criatura había sido sellada con su cuerpo al árbol, por lo que NUNCA pudieron estar juntos otra vez.

El hilo rojo del destino

«Un hilo rojo invisible conecta a aquellos que están destinados a encontrarse, sin importar tiempo, lugar o circunstancias. El hilo se puede estirar o contraer pero nunca romper»

Hace mucho tiempo, un emperador se enteró de que en una de las provincias de su reino vivía una bruja con grandes poderes. Esta bruja tenía la capacidad de poder ver el hilo rojo del destino y la mandó traer ante su presencia. Cuando la bruja llegó, el emperador le ordenó que buscara el otro extremo del hilo que llevaba atado al meñique y lo llevara ante la que sería su esposa.

La bruja accedió a esta petición y comenzó a seguir y seguir el hilo. Esta búsqueda los llevó hasta un mercado, donde una pobre

campesina con un bebé en los brazos ofrecía sus productos. Al llegar hasta donde estaba esta campesina, se detuvo frente a ella y la invitó a ponerse de pie. Hizo que el joven emperador se acercara y le dijo: «Aquí termina tu hilo», pero al escuchar esto el emperador enfureció. Creyendo que era una burla de la bruja, empujó a la campesina que aún llevaba a su bebé en brazos y la hizo caer, con lo que el bebé se hizo una gran herida en la frente.

Muchos años después, llegó el momento en el que el emperador debía casarse y su corte le recomendó que eligiera a la hija de un heroico general. El emperador aceptó y llegó el día de la boda. La novia entró en el templo con un hermoso vestido y un velo que la cubría totalmente. Al levantárselo, el emperador vio que tenía una peculiar cicatriz en la frente...

¿SABÍAS QUÉ?

El Hilo Rojo es una leyenda anónima de origen Japonés, que dice que entre dos o más personas que están destinadas a tener un lazo afectivo existe un hilo rojo, que viene con ellas desde su nacimiento. El hilo existe independientemente del momento de sus vidas en el que las personas vayan a conocerse y no puede romperse en ningún caso, aunque a veces pueda estar más o menos tenso, pero es, siempre, una muestra del vínculo que existe entre ellas. Se dice que ese hilo está atado al dedo meñique.

Las lágrimas del dragón

Lejos, muy lejos, en la profunda caverna de un país extraño, vivía un dragón cuyos ojos centelleaban como tizones ardientes.

Las gentes del entorno estaban asustadas y todos esperaban que alguien fuera capaz de matarlo. Las madres temblaban cuando oían hablar de él, y los niños lloraban en silencio por miedo a que el dragón les oyese.

Pero había un niño que no tenía miedo:

— Taró, ¿a quién debo invitar a la fiesta de tu Cumpleaños?

— Mamá, quiero que invites al dragón.

— ¿Bromeas?, - dijo la madre.

— No, quiero que invites al dragón, - repitió el niño.

La madre movió la cabeza desolada. ¡Qué ideas tan extrañas tenía su niño! ¡No era posible!

Pero el día de su Cumpleaños, Taró desapareció de casa. Caminó por los montes, atravesando torrentes y bosques, hasta que llegó a la montaña donde vivía el dragón.

— ¡Señor dragón! ¡Señor dragón!, -gritó con voz vibrante.

— ¿Qué pasa? ¿Quién me llama?, - pensó el dragón, sacando la cabeza fuera de su enorme caverna.

— Hoy es mi Cumpleaños y mi madre preparará un montón de dulces, -gritaba el niño -. He venido para invitarte.

El dragón no podía creerse lo que oía y miraba al niño gruñendo con voz cavernosa. Pero Taró no tenía miedo y continuaba gritando:

— ¡Señor dragón! ¿Vienes a mi fiesta de Cumpleaños?

Cuando el dragón entendió que el niño hablaba en serio, se conmovió y empezó a

pensar:

— Todos me odian y me temen. Nadie me ha invitado nunca a una fiesta de Cumpleaños. Nadie me quiere. ¡Qué bueno es este niño!

Y mientras pensaba esto, las lágrimas comenzaron a descolgarse de sus ojos. Primero unas pocas, después tantas y tantas que se convirtieron en un río que descendía por el valle.

— Ven, móntate en mi grupa - dijo el dragón sollozando- te llevaré a tu casa.

El niño vio salir al dragón de la madriguera. Era un reptil bonito, con sutiles escamas coloradas, sinuoso como una serpiente, pero con patas muy robustas.

Taró montó sobre la espalda del feroz animal y el dragón comenzó a nadar en el río de sus lágrimas. Y mientras nadaba, por una extraña magia, el cuerpo del animal cambio de forma y medida y el niño llegó felizmente a su casa, conduciendo una barca con adornos muy bonitos y forma de dragón.

El espejo de Matsuyama

En Matsuyama, lugar remoto de la provincia japonesa de Echigo, vivía un matrimonio de jóvenes campesinos que tenían a su pequeña hija como centro y alegría de sus vidas. Un día, el marido tuvo que viajar a la capital para resolver unos asuntos y, ante el temor de la mujer por un viaje tan largo y a un mundo tan desconocido, la consoló con la promesa de regresar lo antes posible y de traerle, a ella y a su hijita, hermosos regalos.

Después de una larga temporada, que a ella se le hizo eterna, vio por fin a su esposo de

vuelta a casa y pudo oír de sus labios lo que le había sucedido y las cosas extraordinarias que había visto, mientras que la niña jugaba feliz con los juguetes que su padre le había comprado.

— Para ti -le dijo el marido a su mujer-te he traído un regalo muy extraño que sé que te va a sorprender. Míralo y dime qué ves dentro.

Era un objeto redondo, blanco por un lado, con adornos de pájaros y flores, y, por el otro, muy brillante y terso. Al mirarlo, la mujer, que nunca había visto un espejo, quedó fascinada y sorprendida al contemplar a una joven y alegre muchacha a la que no conocía.

El marido se echó a reír al ver la cara de sorpresa de su esposa.

— ¿Qué ves? -le preguntó con guasa.

— Veo a una hermosa joven que me mira y mueve los labios como si quisiera hablarme.

— Querida -le dijo el marido-, lo que ves es tu propia cara reflejada en ese lámina de cristal. Se llama espejo y en la ciudad es un objeto muy corriente.

La mujer quedó encantada con aquel maravilloso regalo; lo guardó con sumo cuidado en una cajita y sólo, de vez en cuando, lo sacaba para contemplarse.

Pasó el tiempo y la niña se había convertido en una linda muchacha, buena y cariñosa, que cada vez se parecía más a su madre; pero ella nunca le enseñó ni le habló del espejo para que no se vanagloriase de su propia hermosura. De esta manera, hasta el padre se olvidó de aquel espejo tan bien guardado y escondido.

Un día, la madre enfermó y, a pesar de los cuidados de padre e hija, fue empeorando de tal manera que ella misma comprendió que la muerte se le acercaba. Entonces, llamó a su hija, le pidió que le trajera la caja en donde guardaba el espejo, y le dijo:

— Hija mía, sé que pronto voy a morir, pero no te entristezcas. Cuando ya no esté con vosotros, prométeme que mirarás en este espejo todos los días. Me verás en él y te darás cuenta de que, aunque desde muy lejos, siempre estaré velando por ti.

Al morir la madre, la muchacha abrió la caja del espejo y cada día, como se lo había prometido, lo miraba y en él veía la cara de su madre, tan hermosa y sonriente como antes de la enfermedad. Con ella hablaba y a ella le confiaba sus penas y sus alegrías; y, aunque su madre no le decía ni una palabra, siempre le parecía que estaba cercana, atenta y comprensiva.

Un día el padre la vio delante del espejo,

como si conversara con él. Y, ante su sorpresa, la muchacha contestó:

— Padre, todos los días miro en este espejo y veo a mi querida madre y hablo con ella.

Y le contó el regalo y el ruego que su madre le había hecho antes de morir, lo que ella no había dejado de cumplir ni un solo día.

El padre quedó tan impresionado y emocionado que nunca se atrevió a decirle que lo que contemplaba todos los días en el espejo era ella misma y que, tal vez por la fuerza del amor, se había convertido en la fiel imagen del hermoso rostro de su madre.

El ángel de los niños

Cuenta una leyenda que a un angelito que estaba en el cielo, le tocó su turno de nacer como niño y le dijo un día a Dios:

— Me dicen que me vas a enviar mañana a la tierra. ¿Pero, cómo vivir? tan pequeño e indefenso como soy. - Entre muchos ángeles escogí uno para tí, que te está esperando y que te cuidará.

— Pero dime, aquí en el cielo no hago más que cantar y sonreír, eso basta para ser feliz. - Tu ángel te cantará, te sonreirá todos los días y tú sentirás su amor y serás feliz.

— ¿Y cómo entender lo que la gente me habla, si no conozco el extraño idioma que

hablan los hombres? - Tu ángel te dirá las palabras más dulces y más tiernas que puedas escuchar y con mucha paciencia y con cariño te enseñará a hablar.

— ¿Y qué haré cuando quiera hablar contigo? - Tu ángel te juntará las manitas te enseñará a orar y podrás hablarme.

— He oído que en la tierra hay hombres malos. ¿Quién me defenderá? - Tu ángel te defenderá más aún a costa de su propia vida.

— Pero estaré siempre triste porque no te veré más Señor. - Tu ángel te hablará siempre de mí y te enseñará el camino para que regreses a mi presencia, aunque yo siempre estaré a tu lado.

En ese instante, una gran paz reinaba en el cielo pero ya se oían voces terrestres, y el niño presuroso repetía con lágrimas en sus ojitos sollozando...

— ¡Dios mío, si ya me voy dime su nombre! ¿Cómo se llama mi ángel?

— Su nombre no importa, tú le dirás: MAMÁ

La travesura de los duendes

Hace muchos miles de años, un poco antes de que la humanidad existiera, se reunieron varios duendes para hacer una travesura.

Uno de ellos dijo:

— Pronto serán creados los humanos, serán una perfecta obra divina, deberíamos quitarles algo pero... ¿qué?

Después de mucho pensar, uno dijo:

— ¡Ya sé!, vamos a quitarles la felicidad, pero el problema va a ser en dónde esconderla para que no la puedan encontrar.

Propuso el primero:

— Vamos a esconderla en la cima del monte más alto del mundo.

A lo que inmediatamente repuso otro:

— No, recuerda que tienen fuerza, alguna vez alguien puede subir y encontrarla, y si la encuentra uno ya todos sabrán dónde está.

Luego propuso otro:

— Entonces vamos a esconderla en el fondo del mar.

Y otro contestó:

— No, recuerda que tienen curiosidad, alguna vez alguien construirá algún aparato para poder bajar y entonces la encontrará.

Uno más intervino y dijo:

— Escondámosla en un planeta lejano a la Tierra.

Y le dijeron:

— No, recuerda que les han dado inteligencia, y un día alguien va a construir una nave en la que puedan viajar a otros países y la

van a encontrar, y entonces todos tendrán felicidad.

El último de ellos era un duende que había permanecido en silencio escuchando atentamente cada una de las propuestas de los demás duendes.

Analizó cada una de ellas y entonces dijo:

— Creo saber dónde ponerla para que realmente les cueste muchísimo trabajo encontrarla...

Los duendes, asombrados preguntaron al unísono:

— ¿Dónde?

El duende respondió:

— La esconderemos dentro de ellos mismos, estarán tan ocupados buscándola fuera que algunos nunca llegarán a encontrarla...

La felicidad se compone de pequeños momentos, de detalles vividos en el día a día.

Los seis Jizos y los sombreros de paja

Érase una vez un abuelito y una abuelita. El abuelito se ganaba la vida haciendo sombreros de paja. Los dos vivían pobremente, y un año al llegar la noche vieja no tenían dinero para comprar las pelotitas de arroz con que se celebra el Año Nuevo. Entonces, el abuelito decidió ir al pueblo y vender unos sombreros de paja.

Cogió cinco, se los puso sobre la espalda, y empezó a caminar al pueblo.

El pueblo caía bastante lejos de su casita, y el abuelito se llevó todo el día cruzando campos hasta que por fin llegó. Ya allí, se puso a pregonar:

"¡Sombreros de paja, bonitos sombreros de paja!

¿Quién quiere sombreros?"

Y mira que había bastante gente de compras, para pescado, para vino y para las pelotitas de arroz, pero, como no se sale de casa el día de Año Nuevo, pues, a nadie le hacía falta un sombrero. Se acabó el día y el pobrecito no vendió ni un solo sombrero.

Empezó a volver a casa, sin las pelotitas de arroz.

Al salir del pueblo, comenzó a nevar. El abuelito se sentía muy cansado y muy frío al cruzar por los campos cubiertos ahora de nieve. De repente se fijó en unos Jizos, estatuas de piedra representando unos dioses japoneses. Había seis Jizos, con las cabezas cubiertas de nieve y las caras colgadas de carámbanos.

El viejecito tenía buen corazón y pensó que los pobrecitos Jizos debían tener frio. Les quitó la nieve, y uno tras uno les puso los sombreros de paja que no pudo vender, diciendo:

” Son solamente de paja pero, por favor, acéptenlos...:

Pero solo tenía cinco sombreros, y los Jizos eran seis. Al faltarle un sombrero, al último Jizo el viejecito le dio su propio sombrero, diciendo: ”Discúlpeme, por favor, por darle un sombrero tan viejo.” Y cuando acabó, siguió por entre la nieve hacia su casa.

El abuelito llegaba cubierto de nieve. Cuando la abuelita le vió así, sin sombrero ni nada, le pregunto que qué pasó. Él le explicó lo que ocurrió ese día, que no pudo vender los sombreros, que se sintió muy triste al ver esos Jizos cubiertos de nieve, y que como eran seis tuvo que usar su propio sombrero. Al oír esto, la abuelita se alegró de tener un marido tan cariñoso:

”Hiciste bien. Aunque seamos pobres, tenemos una casita caliente y ellos no.” Abuelito, como tenía frio, se sentó al lado del fuego mientras abuelita preparó la cena. No tenían bolitas de arroz, ya que abuelito no pudo vender los sombreros de paja, y en vez comieron solamente arroz y unos vegetales en vinagre y se fueron a cama tempranito.

A la media noche, el abuelito y la abuelita fueron despiertos por el sonido de alguien cantando. A lo primero, las voces sonaban lejos pero iban acercándose a la casa y cantaban:

"¡Abuelito dio sus sombreros A los Jizos todos enteros Alijeros, a su casa, alijeros!"

El abuelito y la abuelita estaban sorprendidos, aún más cuando oyeron un gran ruido, "¡Bum!" Corrieron para ver lo que era, y vaya sorpresa les dio al abrir la puerta.

Paquetes y paquetes montados uno sobre otro, y llenos de arroz, vino, pelotitas de arroz, decoraciones para el Nuevo Año, mantas y quimonos bien calientes, y muchas otras cosas. Al buscar quien les había traído todo esto, vieron a los seis Jizos, alejándose con los sombreros de abuelito puestos. Los Jizos, en reconocimiento de la bondad del abuelito, les habían traído estos regalos para que los abuelitos tuvieran un próspero Nuevo Año.

La montaña crujiente

Érase una vez un abuelito y una abuelita vivían solitos en una casita. Cada día el abuelito se iba a trabajar en el campo, y mientras sembraba arroz cantaba:
"Un grano, y de él miles."

Cada día también venía después del abuelito un tejón, que cantaba:
"Un grano y uno solo. Y todos me los comeré."
Y cuando el viejecito volvía al campo el día siguiente, veía que no le quedaba ni un solo grano. Por culpa de esto, los abuelitos vivían pobremente.

Un día el abuelito, al ver que otra vez el tejón se había comido todo, se enfadó tanto que

decidió atrapar al tejón. El abuelito empezó a sembrar y cantar, como siempre, hasta que por fin llegó el tejón. De repente, el abuelito dio un salto, y en un abrir y cerrar de ojos atrapó al tejón malo y le ató con una cuerda fuerte.

Cuando el abuelito llego a casa con su prisionero, le dijo a la abuelita: "Abuelita, ven y mira lo que cogí hoy. Calienta la cazuela y haznos un buen cocido de tejón." y el abuelito volvió al campo.

La abuelita empezó a moler arroz para hacer galletas para la cena.

El tejón, que era muy taimado, le dijo a la abuela: "Abuelita, mira que eso de moler arroz, usted solita, a sus añitos, deberá ser mucho trabajo. ¿Por qué no me desata para poder darle una mano?" La abuela vacilo, pensando que el abuelito se enfadaría. Pero él tejón insistía tanto como quería ayudarla que, al fin, la abuelita decidió dejarle suelto para un poquito. A lo primero el tejón fingió ayudarla y cogió la mano de mortero; pero en vez de moler arroz le dio un batazo a la abuelita sobre la cabeza y se fugó corriendo. Cuando el viejecito llegó a casa y encontró a la viejecita ya muerta, se puso a llorar. Una liebre, viéndole llorar, le pregunto el porqué de sus lágrimas, y el viejecito le contó su historia. "Vale, yo me vengar por ti." dijo la liebre, y se fue hacia las montañas.

La liebre se puso a recoger leña.

Después de un rato, el tejón se acercó y

le preguntó que qué hacía. “Este invierno va a ser muy frío, y me estoy preparando,” le contesto.

El tejón pensó que esto era una buena idea y empezó a ayudar a la liebre. Pronto, tenían un buen montón de leña. Se montaron la leña sobre la espalda y empezaron a bajar la montaña. A medio camino, la liebre empezó a quejarse: “¡Como pesa! ¡Ay, como pesa!”

El tejón, para ayudar a su nuevo amigo tanto como para no oírle quejar todo el tiempo, tomó todo la leña de la liebre y se la puso sobre su propia espalda. Al seguir el camino, la liebre, quien caminaba detrás del tejón, comenzó a chocar unas piedras sobre la leña para que se prendiera en fuego.

Cuando el tejón le preguntó que qué era ese ruido, la liebre le contestó que ésta era la Montaña Crujiente, y que el sonido era de los pájaros pegando a los árboles con los picos. Por fin la leña empezó a quemarse, y al oír las llamas del fuego el tejón le preguntó otra vez a su nuevo amigo lo que era.

“Ese sonido es el llanto de los pájaros, y por eso también le llaman a esta montaña la Montaña de los Pájaros que Llantan.” Al quemarle la piel, el tejón comenzó a gritar pero la liebre se escapó corriendo.

El día siguiente, la liebre se puso esta vez a recoger pimientos rojos para hacer picante.

Al verlo el tejón, éste se enfadó y le chilló que por su culpa la espalda se le había

quedado horriblemente quemada.

La liebre se hizo el tonto y le contestó:

"Las liebres de la Montaña Crujiente son las liebres de la Montaña Crujiente. Los de la Montaña de los Pimientos son los de la Montaña de los Pimientos. No s é de lo que hablas."

El tejón pensó que eso tenía razón. Le pidió en vez a la liebre si por acaso tenía alguna medicina para las quemaduras.

"Vaya suerte, ahora mismo la estoy preparando", le dijo la liebre al tejón y empezó a cubrirle la espalda con la pimienta. Al principio el tejón no sentía nada, pero poco a poco la pimienta le dejó en peor dolor que antes.

En ese momento, la liebre corrió y se escapó otra vez.

El día siguiente la liebre se fue a la montaña de nuevo. Esta vez empezó a cortar árboles, pare hacerse un barco. El tejón llegó, la espalda doliéndole muchísimo, chillándole a la liebre que por culpa de su medicina casi se murió ayer en la montaña de los Pimientos.

La liebre, como si nunca le hubiera conocido, contesto:

"Las liebres de la Montaña de los Pimientos son las liebres de la Montaña de los Pimientos.

Las de la Montana de los Cedros son las de la Montaña de los Cedros. ¿Tú quién eres?"

O la liebre era buen actor o el tejón era bastante crédulo, la cosa es que otra vez el tejón

se creyó lo que la liebre le decía. Al enterarse de que la liebre planeaba hacerse un barco, le pregunto por qué.

Cuando la liebre le dijo que era para ir de pesca en el río, el tejón quiso un barco también. "Bueno, yo me hago el barco de color blanco por que la piel la tengo blanca. Tú, ya que tienes pelo marrón, te vendría mejor hacer el barco de tierra.", le explicó la liebre al tejón.

Cada uno acabó de construirse su propio barco y se fueron juntos al río. Ya en el agua, el barco de tierra del badger comenzó a disolverse.

En muy poco tiempo, el tejón se encontró hundiéndose en el agua. Se ahogaba y gritaba:" ¡Socorro, socorro, ayúdame!" Pero la liebre, impasible, le dijo: "Recuérdate ahora de la pobre abuelita que murió por tu culpa," y le abandonó.

La liebre se fue al abuelito. Le anunció que el tejón estaba muerto. Pero en vez de alegrarse el viejecito se entristeció. Pensó que la muerte del tejón no le devolvería la abuelita, y que la venganza no valía para nada.

La mariposa blanca

Un anciano llamado Takahama vivían en una casita detrás del cementerio del templo de Sozanji, él era extremadamente amable y querido por sus vecinos, aunque la mayoría de ellos lo consideraban un poco loco, ya que su locura al parecer se basaba en el hecho de que nunca se había casado o tenido contacto íntimo con una mujer.

Un día de verano se puso muy enfermo, tan enfermo que envió en busca de su hermana y su hijo, ambos llegaron e hicieron todo lo posible para brindarle comodidad durante sus últimas horas, pero mientras observaban

a Takahamaque se quedaba dormido, una gran mariposa blanca voló en la habitación y se apoyó en la almohada del anciano.

El hijo trató de alejarla con un ventilador, pero regresó tres veces, como si resisten a dejar a la víctima, luego la mariposa perseguida por el niño se alejó el jardín y de allí al cementerio, para posarse sobre la tumba de una mujer y luego desaparecer misteriosamente.

Al examinar la tumba del joven leyó el nombre de "Akiko" escrito en ella, junto con una descripción que narraba cómo había muerto cuando tenía dieciocho años y a pesar de que la tumba estaba cubierta de musgo ya que tenía cincuenta años, el muchacho observó que estaba rodeada de flores.

Cuando el joven regresó a la casa se encontró con que Takahama había fallecido, se dirigió a su madre y le contó lo que había visto en el cementerio, "Akiko?" murmuró su madre y le dijo; "cuando su tío era joven se iba a desposar con ella, pero Akiko murió de tuberculosis poco antes de su boda, por ello su tío nunca quiso casarse y decidió vivir siempre cerca de su tumba".

Durante todos estos años se había mantenido fiel a su voto, manteniendo en su corazón todos los dulces recuerdos de su único amor, por ello cada día Takahama fue al cementerio y oraba por su felicidad, dejando

flores en su tumba, pero cuando Takahama enfermó y ya no podía realizar su tarea amorosa, Akiko en forma de una mariposa blanca se hacía presente para acompañarlo y ahora han vuelto a reunirse, para estar juntos por toda la eternidad.

Los 4 Dragones

En el principio de los tiempos, no había ríos ni lagos sobre la tierra, sólo existía el mar del Este donde vivían cuatro dragones: el dragón largo, el dragón amarillo, el dragón negro y el dragón de color perla.

Un día, los cuatro dragones fueron volando desde el mar hasta el cielo persiguiendo a las nubes. De pronto, el dragón de color perla rugió señalando en dirección a la tierra. Los otros tres dragones se pusieron junto a él, entre las nubes, fijando su mirada hacia donde les señalaba el dragón de color perla.

Vieron mucha gente haciendo ofrendas extraordinarias que gritaban: "Dios de los cielos, por favor, envíanos agua para que puedan beber nuestros hijos". Los dragones vieron que los

campos de arroz estaban secos y las cosechas se habían estropeado, y que los árboles sin hojas parecían esqueletos. Era evidente que no había llovido en mucho tiempo.

Qué delgada y débil está la gente- dijo el dragón amarillo – si no llueve, pronto morirán.

Vamos a pedir ayuda al emperador de Jade para que llueva – sugirió el dragón largo, y se fueron volando hacia el alejado palacio celestial del emperador de Jade.

Al todopoderoso emperador no le gustó demasiado la llegada de los dragones.

¿Cómo osáis interrumpir mi descanso? ¡Volved al mar y comportaos!

Pero, majestad, las cosechas se están secando y la gente se está muriendo de hambre – dijo el dragón largo – ¡Por favor, enviadles lluvia enseguida!

De acuerdo – dijo el emperador- ahora volved al mar, que enviaré lluvia mañana.

Pasaron diez días y no cayó una gota de lluvia. La gente estaba cada vez más angustiada. Comían hierba seca, lamían el rocío que se acumulaba entre las piedras y masticaban arcilla seca. Los cuatro dragones se dieron cuenta de que el emperador de Jade sólo pensaba en su placer y la gente no le preocupaba demasiado.

Entonces, después de observar largo rato el enorme mar del Este, el dragón largo tuvo una idea.

¿El mar no está lleno de agua? Hemos de absorberla toda y escupirla desde el cielo. De esta forma, caerá agua a la tierra, salvará las cosechas y la gente podrá comer.

Los dragones sobrevolaron el mar y absorbieron su agua. Después, volvieron a subir sobre las nubes y escupieron el agua por todas partes. Volaron arriba y abajo muchas veces, hasta que el agua del mar caía en forma de lluvia sobre la tierra.

¡Llueve! ¡Llueve! – gritaba con alegría la gente, y los niños bailaban bajo el agua.

Brotaron riachuelos que corrían sobre los campos de arroz, hasta que brotaron de nuevo y el paisaje se volvió verde. El emperador de Jade estaba furioso, ¡los cuatro dragones le habían desobedecido! Así que ordenó a sus generales celestiales que capturasen a los cuatro dragones por su osadía y pidió al dios de las Montañas que le trajese cuatro cordilleras para posarlas sobre los dragones, de manera que no se liberasen nunca.

El dios de las Montañas hizo que cuatro macizos lejanos aterrizasen sobre los cuatro dragones. Entonces, los dragones quedaron atrapados para siempre debajo de las

montañas. A pesar de ello, estaban decididos a continuar ayudando siempre a la gente de aquel lugar. Se convirtieron en ríos que atravesaban la tierra, ahora fértil, y morían en el mar.

Así se formaron los cuatro grandes ríos de China: el Heilongjiang, el dragón negro, al norte, alejado y frío; el Huang He, el dragón amarillo, al centro; el Changjiang o YangTsé, el dragón largo, en el sur remoto; y el Xi Jiang, el dragón color perla, al sur, alejado y tropical.

Los amantes mariposa

La leyenda comienza con una hermosa e inteligente joven llamada Zhu Yingtai de Shangyu, (Zhejiang). Es la única chica de nueve hermanos, hija de una familia noble, los Zhu.

Después de mucho esfuerzo, convence a su padre de que la deje ir a estudiar disfrazada de hombre a Hangzhou. Durante su viaje conoce a Liang Shanbo, un estudiante de Kuaiji (ahora conocida como Shaoxing), ciudad de su misma provincia. Desde el primer momento ambos conectan, como si se conocieran de toda la vida.

Durante los tres años estudiando, comparten la misma habitación donde sólo hay una cama y dos edredones. Yingtai poco a poco se enamora de Shanbo. Aunque ambos estudian lo mismo, Shanbo es un ratón de biblioteca y no se da cuenta de que su "compañero" es una mujer. Pasados los tres años, Yingtai recibe una carta de su padre, pidiéndole que vuelva a casa tan pronto como pueda. Así que no tiene más remedio que hacer la maleta y despedirse.

Yingtai sabe que su amor por Shanbo nunca morirá y quiere estar con él para toda la eternidad. Así que antes de marchar, Yingtai le cuenta su verdadera identidad a la mujer del director y le pide que le entregue a Shanbo su colgante de jade como regalo de compromiso.

Shanbo acompaña a su hermano del alma durante 18 millas hasta despedirse.

Durante el viaje, Yingtai intenta explicarle su secreto a Shanbo. Por ejemplo, frente a un par de patos mandarines, pero Shanbo no coge su significado y ni siquiera tienen la más mínima sospecha de que ella es una mujer.

Finalmente Yingtai tiene una idea: le dirá a Shanbo que hará de casamentera entre él y su hermana inexistente. Antes de despedirse, Yingtai le recuerda a Shanbo que le debe una visita a su casa y así podrá proponerle matrimonio a su "hermana" (que es ella misma).

Ambos se despiden a regañadientes en el pabellón donde se conocieron.

Cuando Shanbo visita el hogar de Yingtai descubre quien es ella en realidad. Se dan cuenta de que los dos están realmente enamorados el uno del otro y que si no pueden vivir juntos, morirán juntos. La alegría de estar juntos se rompe cuando Yingtai le cuenta a Shanbo que sus padres la han forzado a casarse con Ma Wencai, un rico y viejo caballero.

A Shanbo se le rompe el corazón. Su salud empeora lentamente hasta que enferma gravemente y muere en su oficina de magistrado del condado. El día en que Yingtai se va a casar con Ma Wencai, el viento la lleva hasta la tumba de Shanbo. Deja la comitiva de la boda para presentarle sus respetos y cuando está sola entra en una amarga desesperación y pide a la tumba que se abra.

De repente, hay un trueno y la tumba se abre, como ella había pedido. Yingtai salta dentro para reunirse con su amado. Los espíritus de Shanbo y Yingtai se convierten en un par de bellas mariposas que salen de la tumba volando juntas, para siempre, sin que nada las separe de nuevo.

Historia de la Princesa Kaguya

Hace mucho tiempo vivía un anciano cuyo delicado sustento dependía de la cantidad de bambú que cortaba en el bosque día tras día. En una ocasión, mientras trabajaba en su labor habitual, encontró un extraño brote que resplandecía milagrosamente y, para su sorpresa, lo que encontró cuando lo cortó de un solo golpe fue el rostro de una bellísima niña de apenas diez centímetros. Asombrado y emocionado, se la llevó de vuelta a casa y se la mostró a su mujer, con la que no había podido tener hijos. Felices de su suerte, decidieron

criarla con ellos para que acompañara sus grises días de soledad y la llamaron Kaguya ("luz brillante") en referencia a su belleza. Desde aquel afortunado día, cada vez que el cortador de bambú sesgaba los brotes del bosque encontraba numerosas monedas de oro, lo que le convirtió pronto en un hombre muy rico que pudo facilitar a su hija una educación digna de una princesa.

La pequeña creció extrañamente rápido hasta convertirse en una joven de extraordinaria hermosura que inflamaba los corazones de todos aquellos que la miraban. Pronto, su fama se extendió por todos los rincones del reino y numerosos aspirantes a su amor acudieron a su hogar para suplicar su mano, pero ella rechazaba a todos una y otra vez. Al final, cinco pretendientes de noble cuna fueron los únicos lo suficientemente obstinados como para soportar la espera e insistir continuamente a su anciano padre. Sin embargo, aunque él mismo deseaba un buen partido para su adorada hija, no podía más que explicarles que él nada podía hacer, pues Kaguya era dueña de sus propias decisiones y no aceptaría casarse con nadie cuyo corazón le resultara desconocido.

Al final, tras muchas reprimendas e insistencias, ella acordó con su padre que aceptaría a aquél que demostrara poseer un corazón de gran pureza. Para ello,

establecería cinco pruebas que cada uno de ellos debería cumplir.

Al primero de los aspirantes le encomendó la búsqueda de un cuenco de piedra que había sido propiedad de Buda y que se hallaba en la India. Al segundo, le encargó una rama de un místico árbol con raíces de plata, tronco de oro y frutos de jade. Al tercero, un abrigo hecho con la legendaria piel del ratón de fuego, mientras que el cuarto tendría que traer la joya irisada que se escondía en la cabeza de un dragón. Finalmente, el quinto debería contentarla con una preciosa concha que las golondrinas atesoraban. Estas misiones resultaban imposibles y peligrosas, por lo que los cinco pretendientes partieron desanimados. Al cabo de muchos meses, regresó el primero con un cuenco falso, por lo que la prueba fracasó estrepitosamente. El segundo volvió al poco con la codiciada rama de oro y un sinfín de historias que encandilaron a la bella Kaguya, pero también demostró ser un farsante cuando lo delató un grupo de orfebres que reclamaban su pago por la rama de piedras preciosas que habían creado para él. Cuando el tercero se presentó con la piel de ratón, Kaguya la arrojó al fuego para probar su autenticidad, pero resultó ser una pieza de tela china que ardió al contacto con las llamas.

El cuarto enamorado viajó muchísimo y superó muchas adversidades en vano, pues acabó enfermando y lamentándose de su suerte

y de la crueldad de la dama Kaguya. Por su parte, el quinto también acabo por desistir. Mientras tanto, la belleza de la joven había llegado a oídos del mismísimo Emperador, quien la invitó a la corte para conocerla. Ella rechazó sus deseos en cuanto lo escuchó alegando que moriría si pisaba el palacio, lo que motivó que él mismo organizara una partida de caza y se presentara en su casa con su séquito.

Sólo por un instante llegó a ver su rostro resplandeciente, pero fue suficiente para que se enamorara perdidamente de ella. Kaguya, sin embargo, volvió a rechazarle con una cierta tristeza. Pasó el tiempo y, en pleno verano, la bella dama comenzó a mostrarse melancólica y esquiva mientras contemplaba la luna. Cuando sus padres le preguntaron el motivo de su tristeza, ella sólo pudo contestar que quería quedarse con ellos, pero que pronto vendrían a buscarla para regresar al lugar del que provenía: la luna. El Emperador se enteró de esta noticia y, dado que seguía profundamente enamorado de ella, envió soldados a la casa del anciano cortador de bambú con la intención de combatir a las tropas celestiales que se atrevieran a acercarse a Kaguya.

Sin embargo, las fuerzas imperiales poco pudieron hacer, pues en cuanto la luna estuvo muy alta, un grupo de místicos seres lunares se presentaron frente a la casa de Kaguya en una vaporosa nube y sus luminosos

rayos paralizaron los cuerpos de los guerreros del emperador y detuvieron sus flechas. Profundamente entristecida, la joven se vio obligada a beber un trago del elixir de la vida eterna y ceñirse un manto de plumas que le haría olvidar todo recuerdo de su vida en la Tierra. Sin embargo, antes de que esto sucediera, se despidió de sus seres queridos y le envió al emperador una astilla impregnada de elixir y una carta en la que le explicaba el motivo de su rechazo y su condición de ser lunar.

Asimismo, le entregó a sus padres su kimono de seda como recuerdo, mientras ellos la veían irse para siempre con infinita tristeza en sus ojos. Pasó el tiempo pero el Emperador no conseguía olvidarla, por lo que ordenó quemar la astilla impregnada junto con su dolorosa respuesta a la carta de despedida de Kaguya en la cima del monte más alto del reino para que el humo y su mensaje llegaran hasta su amada. Desde entonces, ha dicho monte se le conoce como Fuji ("que nunca muere") y se dice que el humo de aquella hoguera aún puede verse en su cumbre hasta ascender a los cielos con la esperanza de que las palabras de amor del Emperador alcancen a la bella princesa de la luna.

La historia de O-Tei

Hace mucho tiempo, en la ciudad de Niigata, provincia de Echizen, vivía un hombre llamado Nagao Chôsei. Era hijo de un médico y como tal había sido educado para ejercer la profesión de su padre. A temprana edad se había comprometido con una muchacha llamada O-Tei, hija de un amigo de su padre; ambas familias habían acordado que la boda se realizaría tan pronto como Nagao culminara sus estudios. Pero la salud de O-Tei era muy frágil, y a los quince años enfermó gravemente.

Al sentir que su muerte era inevitable, O-Tei llamó a Nagao para despedirse. En cuanto él se arrodilló ante el lecho, la muchacha le dijo:

Querido Nagao, estamos mutuamente comprometidos desde nuestra infancia, y debíamos habernos casado a finales de este año.

Pero voy a morir, y los dioses saben que en mi estado es lo mejor para ambos. Si viviera algunos años más sólo te podría causar problemas y disgustos. Con este cuerpo tan débil, no podría ser una buena esposa, y sería, por tanto, muy egoísta por mi parte desear vivir para no abandonarte. Estoy resignada a la muerte, y quiero que me prometas que no vas a lamentarla. Además, he de decirte que volveremos a encontrarnos.

— Claro que sí - respondió Nagao con fervor -. Y en esa Tierra Pura no volveremos a separarnos nunca más.

— No, no - replicó ella con suavidad -, no me refiero a la Tierra Pura. Creo que estamos destinados a encontrarnos una vez más en este mundo, aunque mañana han de sepultarme.

Nagao la observó con perplejidad y advirtió que ella sonreía. O-Tei prosiguió, con voz lánguida y evanescente:

— Sí, quiero decir en este mundo y en esta vida, Nagao. Siempre, por supuesto, que tú lo desees. Para que esto ocurra, nuevamente he de nacer y alcanzar la mayoría de edad, de modo que tendrías que esperar. Quince, dieciséis años, es mucho tiempo. Pero, prometido mío, tú sólo tienes diecinueve.

Nagao quiso aliviar su agonía y le respondió:

— Esperarte, prometida mía, es menos un deber que un motivo de júbilo. Estamos mutuamente ligados por el término de siete existencias.

— ¿Pero dudas acaso? - inquirió ella, observándole el rostro.

— Querida mía - respondió él -, dudo si podré conocerte con otro cuerpo y con otro nombre, a menos que puedas darme alguna señal o contraseña.

— Eso no está en mis manos - dijo O-Tei, sólo los dioses y los Budas saben cómo y cuándo nos encontraremos. Pero estoy muy, muy segura de que si tú tienes voluntad de recibirme, podré volver junto a ti. Recuerda estas palabras... y tras decir esto, O-Tei dejó de hablar y cerró los ojos. Estaba muerta.

Nagao había amado a O-Tei con sinceridad, y a pesar de que ella le había pedido que no lamentara su muerte, su pena fue muy profunda. Hizo confeccionar una tablilla mortuoria, inscribió en ella el zokumyô (1) de O -Tei, hizo colocar la tablilla en elbutsudan (2) y cada día le dedicó sus ofrendas. Pensó mucho en las extrañas palabras que O-Tei había pronunciado antes de morir, y, con la esperanza de agradar a su espíritu, escribió la solemne promesa de desposarla si alguna vez regresaba a él con otro cuerpo. Lacró con su sello esta promesa escrita y la colocó en el butsudan, junto a la tablilla mortuoria de O-Tei.

No obstante, como Nagao era hijo único, fue necesario que contrajera matrimonio, y no tuvo más remedio que ceder ante la voluntad de su familia y aceptar una esposa escogida por su padre. Una vez casado, Nagao no dejó nunca de depositar las ofrendas ante la

tablilla de O-Tei, y jamás dejó de recordarla con afecto. Pero gradualmente, la imagen de ella se oscureció en su memoria como un sueño difícil de evocar.

Y pasaron los años. El transcurrir del tiempo le deparó a Nagao múltiples infortunios.

La muerte le arrebató a sus padres, luego a su esposa y a su único hijo. De modo que se halló solo en el mundo. Abandonó su desolado hogar y emprendió una larga travesía con el fin de olvidar sus penas.

Un día, en el curso de sus viajes, llegó a una aldea de montaña llamada Ikao, aún famosa por sus fuentes termales y por el hermoso paisaje que la rodea. Se alojó en una posada, donde le atendió una muchacha, y Nagao, al ver su rostro, sintió que su corazón latía como no lo había hecho jamás. Tanto se parecía aquella joven a O-Tei, que Nagao tuvo que pellizcarse para convencerse de que no estaba soñando. Mientras ella iba y venía -preparando el fuego, sirviendo la comida, arreglando el cuarto del huésped-, Nagao evocó, en cada uno de sus gestos y actitudes, la graciosa imagen de la muchacha a la que tanto había amado en su juventud. Le habló; ella le respondió con una voz suave y diáfana, cuya dulzura le abrumó con la tristeza de tiempos pasados.
Al final, muy intrigado, Nagao la interrogó de este modo:

— Hermana, os parecéis tanto a una persona que conocí hace mucho tiempo, que

recibí una gran sorpresa cuando entrasteis a esta habitación. Disculpadme, pues, si oso preguntaros dónde nacisteis y cuál es vuestro nombre.

Y de inmediato, con la inolvidable voz de la muerta, ella respondió:

— Mi nombre es O-Tei, y tú eres Nagao Chôsei, mi prometido. Hace diecisiete años fallecí en Niigata, y luego tú hiciste una promesa por escrito, diciendo que me desposarías si yo regresaba a este mundo con otro cuerpo de mujer, y lacraste esa promesa con tu sello y la colocaste en el butsudan, junto a la tablilla en la que está inscrito mi nombre. Y por eso he vuelto.

Dijo estas últimas palabras, y se desmayó.

Nagao la desposó y compartieron un feliz matrimonio. Pero ella jamás pudo recordar cuál había sido su respuesta en la posada de Ikao; nada recordaba, asimismo, de su previa existencia. La memoria de su vida anterior (enigmáticamente encendida en el momento del encuentro) había vuelto a apagarse, y así permaneció a partir de entonces.

El cerezo de la nodriza

Hace trescientos años, en la aldea de Asamimura, distrito de Onsengôri, provincia de Iyô, vivía un buen hombre llamado Tokubei. Este Tokubei era la persona más rica del distrito y el jefe de la aldea. La suerte le sonreía en muchos aspectos, pero alcanzó los cuarenta años de edad sin conocer la felicidad de ser padre. Afligidos por la esterilidad de su matrimonio, él y su esposa elevaron muchas plegarias a la diosa Fudô-myô-ô, que tenía en Asamimura un famoso templo, llamado Saihôji.

Fudô no desatendió sus plegarias, y al

cabo de un tiempo, la mujer de Tokubei dio a luz a una preciosa niña a la que llamaron O-Tsuyu. No obstante, como la leche de la madre era deficiente, tuvieron que contratar a una nodriza, llamada O-Sodé, para que alimentara a la pequeña.

Pasaron los años, y O-Tsuyu se convirtió en una hermosa muchacha. Por desgracia, a los quince años cayó gravemente enferma y los médicos juzgaron inevitable su muerte. La nodriza O-Sodé, que amaba a O-Tsuyu con auténtico amor materno, fue entonces al templo Saihôji y fervorosamente rogó a la diosa Fudô por la salud de la niña.

Todos los días, durante dos semanas, acudió al templo y oró a la diosa; al cabo de ese lapso, O-Tsuyu se recuperó súbita y totalmente.

Hubo, pues, gran regocijo en casa de Tokubei, el cuál decidió dar una gran fiesta para celebrar el feliz acontecimiento. Pero en la noche de la fiesta,O-Sodé cayó súbitamente enferma, y a la mañana siguiente, el médico que había acudido a atenderla anunció que la nodriza agonizaba.

Abrumada por la pena, la familia se congregó alrededor del lecho de la moribunda para despedirla. Pero ella les dijo:

— Es hora de que os diga algo que ignoráis.

Mis plegarias han sido escuchadas. Solicité a Fudô-sama que me permitiera morir en lugar de O-Tsuyu, y la diosa me ha otorgado este favor.

Por tanto, no debéis apenaros por mi muerte. Pero quisiera pediros algo: le prometí a Fudô-sama que si me concedía mi petición, haría plantar un cerezo en el jardín de Saihôji, en señal de gratitud y conmemoración. Yo no podré plantarlo con mis propias manos, así que os ruego que lo hagáis vosotros en mi lugar. Adiós, amigos míos, y recordad que me alegró poder morir en lugar de O-Tsuyu.

Después de los funerales de O-Sodé, los padres de O-Tsuyu plantaron un joven cerezo, el mejor que pudieron encontrar, en el jardín de Saihôhi. El árbol creció sano, y el día decimosexto del mes segundo del año siguiente, el aniversario de la muerte de O-Sodé, se cubrió maravillosamente de flores. Continuó dándolas durante doscientos cincuenta y cuatro años, siempre en el día decimosexto del mes segundo; y esas flores, blancas y rosadas, eran semejantes al pezón del pecho femenino y parecían rezumar leche. Y por eso la gente llamó a ese árbol Uba-zakura, el Cerezo de la Nodriza.

La Mujer de las Nieves

Hace mucho tiempo, vivían solos en una lejana montaña el cazador Mosaku y su hijo Minokichi. Mosaku era viudo, su esposa había fallecido años atrás, cuando Minokichi era aún un niño. En invierno, padre e hijo salían diariamente a cazar zorros, ciervos y osos, para vender sus pieles en la ciudad.

Cierta mañana, muy de madrugada, Mosaku y Minokichi salieron al monte, pero no lograron cazar ninguna pieza. No perdieron la esperanza y siguieron recorriendo el monte hasta que se hizo de noche, en ese momento

empezó a nevar intensamente, con un viento tan frío e intenso que les impedía tenerse en pie. A duras penas lograron guarecerse en un pequeño refugio cercano. En la modesta cabaña pudieron encender fuego, calentarse y reponer fuerzas. Mientras comían, hablaron de diversos temas, hasta que en cierto momento el padre dijo:

— Minokichi, hijo mío, yo soy viejo y tú tienes ya 20 años, y desde que murió tu madre estamos muy solos y necesitamos una mujer en casa. Deberías empezar a pensar en casarte.

Pero su hijo no le escuchaba, porque se había recostado junto al fuego y ya dormía profundamente. En vista de aquello, el padre también acabó por dormirse al cabo de no mucho tiempo, mientras fuera la tempestad de nieve seguía sin cesar.

En mitad de la noche, el fuerte ruido de la ventisca despertó a Minokichi, que al levantarse comprobó que el fuego se había apagado. Se disponía a ir a por más leña para encenderlo de nuevo, cuando de pronto vio de pie junto a la puerta a una hermosa mujer de tez blanquísima y mirada glacial. Cuando quiso preguntarle quién era y de dónde venía, Minokichi comprobó horrorizado que no le salía la voz, como si una gran piedra le oprimiera el pecho, y que no podía moverse.

La misteriosa mujer entró en la cabaña, se acercó a Mosaku, que seguía durmiendo, se inclinó sobre él y le sopló un aire helado que le fue congelando lentamente hasta dejarle sin vida. Minokichi, entonces, recobró las fuerzas y logró gritar pidiendo auxilio.

— ¡Socorroooo! ¡La Mujer de las Nieves! ¡Auxilio, que alguien me ayude!

Entonces, la Mujer de las Nieves le dijo a Minokichi, mirándole fijamente:

— A ti, por esta vez, te perdono la vida, porque aún eres muy joven. Pero te lo advierto: no le cuentes a nadie lo que acabas de ver, porque si lo haces, te mataré.

— De acuerdo - contestó el aterrado joven -, prometo no contárselo a nadie.
Tras lo cual, la bella y misteriosa mujer desapareció dejando un torbellino de nieve a su paso.

A la mañana siguiente, Minokichi trasladó el cuerpo sin vida de su padre. Todo el pueblo acudió a los funerales, y Minokichi se sintió muy feliz por ser consolado por todas aquellas humildes gentes. Sin embargo, se sentía culpable de lo que había pasado, por haber dejado negligentemente que se apagara el fuego del hogar en una noche tan fría como aquella. El joven estaba acostumbrado a vivir con su padre, por eso se sintió muy solo y triste

al tener que seguir adelante sin él.

Pasó el tiempo, y cierto día de tormenta, alguien llamó a la puerta de Minokichi. Al abrir, vio que se trataba de una bellísima muchacha, empapada y aterida de frío, que afirmó llamarse Yuki y que le rogó que por favor le permitiera pasar allí la noche, porque iba de camino a la capital y se había perdido por culpa de la lluvia. Al principio, Minokichi no lo veía claro, porque no disponía de una cama que ofrecerle y tampoco tenía nada de comer. Pero la muchacha insistió en que le permitiera quedarse.

— No me importa comer poco o nada, y dormiré en el suelo. Pero por favor, déjame quedarme solamente por esta noche.

Tal era la insistencia de Yuki, que Minokichi accedió a dejarle pasar la noche allí. Naturalmente, Minokichi no tardó en quedarse prendado de la hermosa y dulce muchacha, y le pidió por favor que se casara con él.

Así lo hicieron. Tuvieron muchos hijos y fueron felices durante muchos años. Minokichi estaba muy feliz y orgulloso de su esposa, pero había algo en ella que le extrañaba. Yuki no salía nunca de casa en los días de buen tiempo o de sol. Pero en cuanto oscurecía, salía fuera con sus hijos para jugar y cantar con ellos.

Pasaron varios años. Cierta noche, Yuki

estaba zurciendo un kimono, mientras fuera caía una nevada terrible, con un fuerte viento que hacía temblar la destartalada casa. Minokichi estaba recostado, contemplando a su esposa ensimismada en su labor. De pronto, le dijo:

— Qué extraño, Yuki. No pareces envejecer nunca, sigues tan guapa como el día que nos conocimos.

— Qué va, eso es lo que te parece a ti - dijo ella, sonrojándose.

— ¿Sabes? Acabo de acordarme de una cosa. Cuando era joven, una vez vi a una mujer tan guapa como tú, que además se te parecía muchísimo.

Yuki dejó el kimono y escuchó con mucha atención.

— Yo tenía veinte años entonces, y recuerdo que había salido a cazar con mi padre cuando nos sorprendió una tormenta de nieve como la que está cayendo esta noche. Nos resguardamos en un refugio, y entonces, aquella misma noche, vi a esa mujer, la Mujer de las Nieves.

En ese momento, la expresión de Yuki cambió. Su rostro se volvió pálido y su mirada fría. Se levantó y dijo a Minokichi:

— ¡Me prometiste que no se lo contarías a nadie! ¡Has roto tu promesa!

— ¡Eres tú! - exclamó entonces Minokichi, aterrorizado. - ¡Tú eres la Mujer de las

Nieves!

— Sí, soy yo - contestó ella -. Y como has roto tu promesa, ya no puedo seguir existiendo en forma humana. ¡Qué lástima! Yo quería haber vivido contigo para siempre, pero ya no va a ser posible.

Mientras hablaba, Yuki ya se había convertido por completo en la Mujer de las Nieves y estaba de pie junto a la puerta.

— Te dije que te mataría si revelabas el secreto - prosiguió -, pero no puedo hacerlo. No quiero que nuestros hijos, que aún son pequeños, se queden huérfanos sin que nadie pueda cuidar de ellos. No te voy a matar, pero no volverás a verme nunca más. Espero que puedas atender bien a los niños. ¡Que tengas suerte, adiós!

Y, dejando tras de sí un torbellino de nieve, Yuki desapareció entre la ventisca.

— ¡Yuki, espera! ¡No te vayas! - gritó Minokichi.

— ¿Adónde vas, mamá? - lloriquearon los niños, que se habían despertado y se habían asomado al exterior. Sus voces se confundieron en medio del fuerte viento, mientras ella se alejaba para no volver jamás.

La perla del Dragón

Hace muchísimos años, vivía un dragón en la isla de Borneo; tenía su cueva en lo alto del monte Kinabalu.

Aquél era un dragón pacífico y no molestaba a los habitantes de la isla. Tenía una perla de enorme tamaño y todos los días jugaba con ella: lanzaba la perla al aire y luego la recogía con la boca.

Aquella perla era tan hermosa, que muchos habían intentado robarla. Pero el dragón la guardaba con mucho cuidado; por eso, nadie había podido conseguirlo.

El Emperador de la China decidió enviar a su hijo a la isla de Borneo; llamó al joven Príncipe y le dijo:

— Hijo mío, la perla del dragón debe formar parte del tesoro imperial. Estoy seguro de que encontrarás la forma de traérmela.

Después de varias semanas de travesía, el Príncipe llegó a las costas de Borneo. A lo lejos se recortaba el monte Kinabalu, y en lo alto del monte el dragón jugaba con la perla.

De pronto, el Príncipe comenzó a sonreír porque había trazado un plan. Llamó a sus hombres y les dijo:

— Necesito una linterna redonda de papel y una cometa que pueda sostenerme en el aire.

Los hombres comenzaron a trabajar y pronto hicieron una linterna de papel. Después de siete días de trabajo, hicieron una cometa muy hermosa, que podía resistir el peso de un hombre. Al anochecer, comenzó a soplar el viento. El Príncipe montó en la cometa y se elevó por los aires.

La noche era muy oscura cuando el Príncipe bajó de la cometa en lo alto del monte y se deslizó dentro de la cueva.

El dragón dormía profundamente. Con todo cuidado, el Príncipe se apoderó de la perla, puso en su lugar la linterna de papel y escapó de la cueva. Entonces, montó en la cometa y

encendió una luz.

Cuando sus hombres vieron la señal, comenzaron a recoger la cuerda de la cometa. Al cabo de algún tiempo, el Príncipe pisaba la cubierta de su barco.

— ¡Levad anclas! -gritó.

El barco, aprovechando un viento suave, se hizo a la mar.

En cuanto salió el sol, el dragón fue a recoger la perla para jugar, como hacía todas las mañanas. Entonces, descubrió que le habían robado su perla. Comenzó a echar humo y fuego por la boca y se lanzó, monte abajo, en persecución de los ladrones.

Recorrió todo el monte, buscó la perla por todas partes, pero no pudo hallarla. Entonces, divisó un junco chino que navegaba rumbo a alta mar. El dragón saltó al agua y nadó velozmente hacia el barco.

— ¡Ladrones! ¡Devolvedme mi perla! -gritaba el dragón.

Los marineros estaban muy asustados y lanzaban gritos de miedo.

La voz del Príncipe se elevó por encima de todos los gritos:

— ¡Cargad el cañón grande!

Poco después hicieron fuego.

— ¡Bruum!

El dragón oyó el estampido del disparo; vio una nube de humo y una bala de cañón que iba hacia él. La bala redonda brillaba con las primeras luces de la mañana y el dragón pensó que le devolvían su perla. Por eso, abrió la boca y se tragó la bala.

Entonces, el dragón se hundió en el mar y nunca más volvió a aparecer. Desde aquel día, la perla del dragón fue la joya más preciada del tesoro imperial de la China.

El diamante mágico

Dentro de un bosque frondoso, oculto en la húmeda sombra de sus árboles andaba un hombre solo con sus pensamientos. El hombre caminaba pensando en sus problemas y se encontraba vacío, y muy, muy triste. Mientras andaba y andaba por el bosque su desesperación ganaba terreno, pues no sabía darle un sentido a su existencia. Pero de repente, alicaído y melancólico, se encontró un bello diamante que se encontraba justo en medio del camino.

A pesar de su angustia cogió el diamante y lo puso suavemente en su mano. Después de soplar para quitarle el polvo empezó a

observarlo detenidamente mientras se alejaba de su preocupación. ¡Un diamante muy bello! Como hipnotizado por el diamante continuó quieto, inamovible en aquel rincón oscuro del bosque hasta que empezó a contemplar algo que brillaba dentro de aquella piedra preciosa tan valiosa: un rostro bello y afable se empezaba a dibujar en el diamante. La belleza de aquel rostro de hada hizo estremecer a aquel hombre que se sentía absorto mientras unos grandes ojos pestañeaban repetidamente. Finalmente los labios de aquella preciosa hada se entreabrieron:

— Me llaman hada del bosque. Durante siglos he otorgado deseos a quién me lo ha pedido. Me puedes pedir aquello que más desees y te será concedido.

Aquellas palabras hicieron despertar el alma de aquel hombre absorto en sus pensamientos. ¡De repente se dio cuenta que una maravillosa hada le podía proporcionar aquello que quisiera!

— Pídeme aquello que más desees- repitió el hada del bosque.

La voz resonó tan dulcemente en sus pensamientos que el hombre no sabía cómo resolver sus deseos. En cambio aquella voz le parecía dulce y hermosa, como música para sus oídos. Así pues no sabía qué decidir, hasta que finalmente afirmó:

— Hada del bosque que habitas en este diamante, sólo te pido que hagas aquello que tú consideres mejor.

— Y el hada contestó: ¡Oh amigo desdichado! ¡Eso me pediste cuando eras un animal y te convertí en el hombre triste que ahora eres!

Mil Grullas

Naomi Watanabe y Toshiro Ueda creían que el mundo era nuevo. Como todos los chicos.

Porque ellos eran nuevos en el mundo. También, como todos los chicos. Pero el mundo era ya muy viejo entonces, en el año 1945, y otra vez estaba en guerra. Naomi y Toshiro no entendían muy bien qué era lo que estaba pasando.

Desde que ambos recordaban, sus pequeñas vidas en la ciudad japonesa de Hiroshima se habían desarrollado del mismo modo: en un clima de sobresaltos, entre adultos callados y tristes, compartiendo con ellos los escasos granos de arroz que flotaban en la sopa diaria y el miedo que apretaba las reuniones familiares de cada anochecer en torno a la noticia de la radio, que hablaban de luchas y muerte por todas partes.

Sin embargo, creían que el mundo era nuevo y esperaban ansiosos cada día para

descubrirlo.

¡Ah... y también se estaban descubriendo uno al otro!

Se contemplaban de reojo durante la caminata hacia la escuela, cuando suponían que sus miradas levantaban murallas y nadie más que ellos podían transitar ese imaginario senderito de ojos a ojos.

Apenas si habían intercambiado algunas frases. El afecto de los dos no buscaba las palabras. Estaban tan acostumbrados al silencio...

Pero Naomi sabía que quería a ese muchachito delgado, que más de una vez se quedaba sin almorzar por darle a ella la ración de batatas que había traído de su casa.

— No tengo hambre —le mentía Toshiro, cuando veía que la niña apenas si tenía dos o tres galletitas para pasar el mediodía—. Te dejo mi vianda —y se iba a corretear con sus compañeros hasta la hora de regreso a las aulas, para que Naomi no tuviera vergüenza de devorar la ración.

Naomi... Poblaba el corazón de Toshiro. Se le anudaba en los sueños con sus largas trenzas negras. Le hacía tener ganas de crecer de golpe para poder casarse con ella. Pero ese futuro quedaba tan lejos aún...

El futuro inmediato de aquella primavera de 1945 fue el verano, que llegó puntualmente el 21 de junio y anunció las vacaciones escolares.

Y con la misma intensidad con que otras

veces habían esperado sus soleadas mañanas, ese año los ensombreció a los dos: ni Naomi ni Toshiro deseaban que empezara. Su comienzo significaba que tendrían que dejar de verse durante un mes y medio inacabable.

A pesar de que sus casas no quedaban demasiado lejos una de la otra, sus familias no se conocían. Ni siquiera tenían entonces la posibilidad de encontrarse en alguna visita. Había que esperar pacientemente la reanudación de las clases.

Acabó junio, y Toshiro arrancó contento la hoja del almanaque...

Se fue julio, y Naomi arrancó contenta la hoja del almanaque...

Y aunque no lo supieran: ¡Por fin llegó agosto! —pensaron los dos al mismo tiempo.

Fue justamente el primero de ese mes cuando Toshiro viajó, junto a sus padres, hacia la aldea de Miyashima. Iban a pasar una semana.

Allí vivían los abuelos, dos ceramistas que veían apilarse vasijas en todos los rincones de su local.

Ya no vendían nada. No obstante, sus manos viejas seguían modelando la arcilla con la misma dedicación de otras épocas, -Para cuando termine la guerra... —decía el abuelo—. Todo acaba algún día... —comentaba la abuela por lo bajo. Y Toshiro sentía que la paz debía de ser algo muy hermoso, porque los ojos de su madre parecían aclararse fugazmente cada vez que se referían al fin de la guerra, tal como a él se le aclaraban los suyos cuando recordaba a

Naomi.
¿Y Naomi?

El primero de agosto se despertó inquieta; acababa de soñar que caminaba sobre la nieve. Sola. Descalza. Ni casas ni árboles a su alrededor. Un desierto helado y ella atravesándolo.

Abandonó el tatami, se deslizó de puntillas entre sus dormidos hermanos y abrió la ventana de la habitación. ¡Qué alivio! Una cálida madrugada le rozó las mejillas. Ella le devolvió un suspiro.

El dos y el tres de agosto escribió, trabajosamente, sus primeros haikus:

Lento se apaga
El verano
Enciendo
Lámpara y sonrisas.
Pronto
Florecerán los crisantemos.
Espera,
Corazón.

Después, achicó en rollitos ambos papeles y los guardó dentro de una cajita de laca en la que escondía sus pequeños tesoros de la curiosidad de sus hermanos.

El cuatro y el cinco de agosto se lo pasó ayudando a su madre y a las tías ¡Era tanta la ropa para remendar!

Sin embargo, esa tarea no le disgustaba. Naomi siempre sabía hallar el modo de convertir en un juego entretenido lo que acaso resultaba aburridísimo para otras chicas. Cuando cosía, por ejemplo, imaginaba que cada doscientas veintidós puntadas podía sujetar un deseo para que se cumpliese.

La aguja iba y venía, laboriosa. Así, quedó en el pantalón de su hermano menor el ruego de que finalizara enseguida esa espantosa guerra, y en los puños de la camisa de su papá, el pedido de que Toshiro no la olvidara nunca...

Y los dos deseos se cumplieron.

Pero el mundo tenía sus propios planes...

Ocho de la mañana del seis de agosto en el cielo de Hiroshima.

Naomi se ajusta el obi de su kimono y recuerda a su amigo: -¿Qué estará haciendo ahora?

"Ahora", Toshiro Pesca en la isla mientras se pregunta: -¿Qué estará haciendo Naomi?

En el mismo momento, un avión enemigo sobrevuela el cielo de Hiroshima.

En el avión, hombres blancos que pulsan botones y la bomba atómica surca por primera vez un cielo. El cielo de Hiroshima.

Un repentino resplandor ilumina extrañamente la ciudad.

En ella, una mamá amamanta a su hijo por última vez.

Dos viejos trenzan bambúes por última vez.

Una docena de chicos canturrea: “Donguri-Koro Koro- Donguri Ko...” por última vez.

Cientos de mujeres repiten sus gestos habituales por última vez.

Miles de hombres piensan en mañana por última vez.

Naomi sale para hacer unos recadoss.

Silenciosa explota la bomba. Hierven, de repente, las aguas del río.

Y medio millón de japoneses, medio millón de seres humanos, se desintegran esa mañana. Y con ellos desaparecen edificios, árboles, calles, animales, puentes y el pasado de Hiroshima.

Ya ninguno de los sobrevivientes podrán volver a reflejarse en el mismo espejo, ni abrir nuevamente la puerta de su casa, ni retomar ningún camino querido.

Nadie será ya quien era.

Hiroshima arrasada por un hongo atómico.

Hiroshima es el sol, ese seis de agosto de 1945. Un sol estallando.

Recién en diciembre logró Toshiro averiguar donde estaba Naomi. ¡Y que aún estaba viva, Dios!

Ella y su familia, internados en el hospital ubicado en una localidad próxima a Hiroshima, como tantos otros cientos de miles

que también habían sobrevivido al horror, aunque el horror estuviera ahora instalado dentro de ellos, en su misma sangre.

Y hacia ese hospital marchó Toshiro una mañana.

El invierno se insinuaba ya en el aire y el muchacho no sabía si era frío exterior o su pensamiento lo que le hacía tiritar.

Naomi se hallaba en una cama situada junto a la ventana. De cara al techo. Ya no tenía sus trenzas. Apenas una tenue pelusita oscura.

Sobre su mesa de luz, unas cuantas grullas de papel desparramadas.

— Voy a morirme, Toshiro... —susurró. No bien su amigo se paró, en silencio, al lado de su cama—. Nunca llegaré a plegar las mil grullas que me hacen falta...

Mil grullas... o "Semba-Tsuru", como se dice en japonés.

Con el corazón encogido, Toshiro contó las que se hallaban dispersas sobre la mesita. Sólo veinte. Después, las juntó cuidadosamente antes de guardarlas en un bolsillo de su chaqueta.

— Te vas a curar, Naomi —le dijo entonces, pero su amiga no le oía ya: se había quedado dormida.

El muchachito salió del hospital, bebiéndose las lágrimas.

Ni la madre, ni el padre, ni los tíos de Toshiro (en cuya casa se encontraban temporariamente alojados) entendieron aquella noche el porqué de la misteriosa desaparición de casi todos los papeles que, hasta ese día, había habido allí.

Hojas de diario, pedazos de papel para envolver, viejos cuadernos y hasta algunos libros parecían haberse esfumado mágicamente. Pero ya era tarde para preguntar. Todos los mayores se durmieron, sorprendidos.

En la habitación que compartía con sus primos, Toshiro velaba entre las sombras. Esperó hasta que tuvo la certeza de que nadie más que él continuaba despierto. Entonces, se incorporó con sigilo y abrió el armario donde se solían acomodar las mantas.

Mordiéndose la punta de la lengua, extrajo la pila de papeles que había recolectado en secreto y volvió a su lecho.

La tijera la llevaba oculta entre sus ropas.

Y así, en el silencio y la oscuridad de aquellas horas, Toshiro recortó primero novecientos ochenta cuadraditos y luego los plegó, uno por uno hasta completar las mil grullas que ansiaba Naomi, tras sumarles las que ella misma había hecho. Ya amanecía, el muchacho se encontraba pasando hilos a través de las siluetas de papel. Separó en grupos de

diez las frágiles grullas del milagro y las aprestó para que imitaran el vuelo, suspendidas como estaban de un leve hilo de coser, una encima de la otra.

Con los dedos paspados y el corazón temblando, Toshiro colocó las cien tiras dentro de su furoshiki y partió rumbo al hospital antes de que su familia se despertara. Por esa única vez, tomó sin pedir permiso la bicicleta de sus primos.

No había tiempo que perder. Imposible recorrer a pie, como el día anterior, los kilómetros que lo separaban del hospital. La vida de Naomi dependía de esas grullas.

— Prohibidas las visitas a esta hora —le dijo una enfermera, impidiéndole el acceso a la enorme sala en uno de cuyos extremos estaba la cama de su querida amiga.

Toshiro insistió: -Sólo quiero colgar estas grullas sobre su lecho, Por favor...

Ningún gesto denunció la emoción de la enfermera cuando el chico le mostró las avecitas de papel. Con la misma aparentemente impasibilidad con que momentos antes le había cerrado el paso, se hizo a un lado y le permitió que entrara: -Pero cinco minutos, ¿eh?
Naomi dormía.

Tratando de no hacer el mínimo ruidito, Toshiro puso una silla sobre la mesa de luz y luego se subió.

Tuvo que estirarse a más no poder para alcanzar el cielorraso. Pero lo alcanzó. Y en un rato estaban las mil grullas pendiendo del techo;

los cien hilos entrelazados, firmemente sujetos con alfileres.

Fue al bajarse de su improvisada escalera cuando advirtió que Naomi lo estaba observando. Tenía la cabecita echada hacia un lado y una sonrisa en los ojos.

— Son hermosas, Toshi-kun... Gracias...

— Hay un millar. Son tuyas, Naomi. Tuyas —y el muchacho abandonó la sala sin darse vuelta.

En la luminosidad del mediodía que ahora ocupaba todo el recinto, mil grullas empezaron a balancearse impulsadas por el viento que la enfermera también dejó colar, al entreabrir por unos instantes la ventana.

Los ojos de Naomi seguían sonriendo.

La niña murió al día siguiente. Un ángel a la intemperie frente a la impiedad de los adultos. ¿Cómo podían mil frágiles avecitas de papel vencer el horror instalado en su sangre? Febrero de 1976.

Toshiro Ueda cumplió cuarenta y dos años y vive en Inglaterra. Se casó, tiene tres hijos y es gerente de sucursal de un banco establecido en Londres.

Serio y poco comunicativo como es, ninguno de sus empleados se atreve a preguntarle por qué, entre el aluvión de papeles con importantes informes y mensajes telegráficos que habitualmente se juntan sobre su escritorio, siempre se encuentran algunas grullas de origami dispersas al azar.

Grullas seguramente hechas por él, pero

en algún momento en que nadie consigue sorprenderlo.

Grullas desplegando alas en las que se descubren las cifras de las máquinas de calcular.

Grullas surgidas de servilletas con impresos de los más sofisticados restaurantes...

Grullas y más grullas. Y los empleados comentan, divertidos, que el gerente debe de creer en aquella superstición japonesa.

— Algún día completará las mil... —cuchicheaban entre risas— ¿Se animará entonces a colgarlas sobre su escritorio?

Ninguno sospechaba, siquiera, la entrañable relación que esas grullas tienen con la perdida Hiroshima de su niñez. Con su perdido amor primero.

Himeko, la princesa Melón

Hace mucho tiempo vivía un anciano y su mujer en un apartado pueblo.

Un día fue a la montaña para cortar leña, mientras ella iba al río a lavar la ropa. Pero cuando ella estaba aclarando la ropa, se encontró con un enorme melón que flotaba rio abajo. Ella se fue muy contenta a su casa a contárselo a su esposo.

“Mira Abuelo, he encontrado este melón en el río, podemos comerlo para almorzar.” dijo ella, tratando de cortar con un cuchillo de cocina,

cuando el melón se abrió y salió un bebe de él.

Como no tenían hijos, decidieron adoptarla muy felices y la llamaron ‘Himeko’, porque había nació de un melón.

Pronto el creció y llegó a ser una niña preciosa y finalmente una hermosa doncella. Era tan inteligente y tenía tal maestría tejiendo que el rumor llegó al Señor del país que envió a sus hombres a buscarla.

El anciano y su esposa estaban muy contentos al enterarse de que el Señor pretendía desposar a su hija, así que el día antes de la boda se fueron de compras a la ciudad.

— Mi querida Himeko, vamos a la ciudad para comprar tu ajuar de boda. Quédate en casa y no abras la puerta ni las ventanas aunque alguien te llamé. Ten cuidado con el demonio de la montaña, porque intentará engañarte. ”

Himeko se puso a tejer mientras esperaba a sus padres pero el demonio de la montaña había visto a los ancianos salir de la casa y decidió acercarse a la puerta.

— Himeko. ¿Estás ahí? Soy tu abuela, por favor, ábreme la puerta. Dijo el demonio.

— Estoy aquí, pero mis padres me han prohibido abrir la puerta incluso a las visitas, así

que no puedo dejarte entrar.

— Entonces, abre una rendija para que pueda meter un dedo. – Himeko abrió solo un poco.

— Himeko, ¿Por qué no se abres para que pueda meter la mano?- Ella abrió un poco más.

— Himeko, ¿Por qué no se abres para que pueda meter la pierna?- Abrió aún más la rendija.

— Himeko, ¿Por qué no abres para que pueda meter la cabeza?

— De ninguna manera, o mis padres se enfadarán-respondió ella.

— Pero, Himeko querida. Me gustaría ver tu hermoso rostro. ¿Por qué no me abres?

— De acuerdo, voy a abrir pero solo puedes meter la cabeza.

Nada más pasar la cabeza por la puerta, el demonio se precipitó sobre la muchacha. El demonio se colocó el kimono de Himeko y se transformó en ella, después llevo a la niña la montaña y la ato a un ciruelo.

Al día siguiente, los hombres del Señor llevaron al demonio en un palanquín hacia el

palacio. De camino hacia el castillo, al pasar cerca del árbol en donde estaba atada la niña, los cuervos de la montaña comenzaron a emitir un extraño grito:

— Ella no es Himeko! Himeko está en la montaña!. No es Himeko, ella está en la montaña CAW-CAW.

Los invitados al escuchar a los cuervos descubrieron al demonio que volvió a su forma original que fue capturado y muerto en el acto. Tras encontrar a Himeko atada al ciruelo se celebró la boda y los novios fueron muy felices. Desde ese día todos la conocían como Himeko, la princesa Melón.

La Boda de los Kappa

Hace mucho tiempo vivían un padre y tres hijas en un pueblo. Era lo suficientemente rico como para tener muchos campos de arroz alrededor de su casa. Un año que había llovido muy poco durante meses sus tierras estaba tan secas que no podía cultivar arroz.

— Daría a una de mis hijas a quien pudiera llenar mis arrozales con agua. A este paso nos moriremos de hambre...

Nada más decir estas palaras un kappa apareció frente a él.

— Me interesa tu oferta. ¿Prometes que me entregarás a una de tus hijas si lo consigo?

— Por supuesto, si eres capaz de cumplir tu palabra, yo cumpliré la mía y te entregaré a una de mis hijas.-dijo el hombre sonriente.

Al día siguiente, le sorprendió mucho que sus arrozales estaban llenos de agua hasta los bordes. A pesar de que estaba entusiasmado, recordó promesa y se entristeció.

— Oh, Dios mío! ¿Qué puedo hacer? Pero una promesa es una promesa.
Cuando volvió a casa, le pidió a su hija mayor que se casase con el Kappa.

— Le di mi palabra al Kappa. ¿Le tomarás por esposo?

— ¿Has perdido la cabeza? Por supuesto que no.- y se marchó dando un portazo.
Le preguntó entonces a su su segunda hija si aceptaba casarse con el Kappa.

— Se lo prometí al Kappa. ¿Te casarás con él?

— ¿Crees que soy estúpida? Por supuesto que no. No sabes cuánto te odio. Ella también se marchó maldiciendo a su padre. Finalmente se lo pidió a su hija menor.

— Hice una promesa a ese Kappa ¿Estas dispuesta a casarte con él?"

— Padre, yo no quiero casarme con un

Kappa, pero no está bien romper una promesa. Si así lo desea, yo me casaré con él. – dijo con tristeza.

— Gracias, hija mía, eres la mejor hija que un padre pueda tener. Te haré un buen regalo de bodas, así que dime ¿que deseas?

— Padre, yo tan solo quiero cien Hyotans

Y así el padre recogió un centenar de calabazas para ella en su barrio para fabricar botellas para su Hyotans.

A la mañana siguiente, un apuesto joven llamó a su puerta.

— Vengo a que me entregue a su hija., dijo.

— Padre mío, voy a marcharme con él, dijo la muchacha que llevaba a la espalda un gran saco repleto de botellas de calabaza a su espaldas.

— ¿Es un verdadero Kappa?" las dos hermanas empezaban a envidiar a su hermana menor.

Los novios se marcharon y ella lo siguió hasta las cercanías de un lago.

— Como sabrás, mi casa se encuentra en lo profundo del lago, vamos. – dijo el muchacho tirando le de la mano.

— Oh! Señor Kappa, por favor, espere un minuto. Quisiera pedirle un favor. Estas calabazas son un regalo de boda de mi querido padre y quisiera conservarlas. ¿Podría por favor ayudarme a meterlas en su casa?

— Eso está hecho, esposa mía: dijo el Kappa y arrojó el contenido del saco al lago lanzándose tras de ellas.

Trató una y otra vez, en vano de hundir las calabazas, que eran tan ligeras que flotaban en el lago escapándosele de los dedos. Viendo la dificultad de la tarea se volvió a transformar en Kappa para intentarlo.

— Esto es imposible, no puedo hacerlo. Voy a renunciar a una novia humana. Es mejor casarse con la hija de un Kappa.

Y desapareció bajo el lago, tras pronunciar estas palabras. El padre estaba muy contento de tenerla de vuelta en casa y la nombro su única heredera. "Tú eres sólo la heredera de mí."

Las dos hermanas mayores se trataron de disculparse ante su padre, pero ya era tarde y la hija menor se convirtió en la heredera de los arrozales a los que nunca faltó el agua del kappa.

Urashima Tarou

Hace muchos muchos años, vivía Urashima en una isla del Japón. Era el único hijo de un matrimonio de pescadores muy pobres cuyas únicas pertenencias eran una red, una pequeña barca y una casita cerca de la playa. Pese a ser tan pobres, los padres de Urashima querían mucho a su hijo, un muchacho sencillo y muy bueno.

Un día, cuando Urashima volvía de pescar vió como unos niños estaban pegando a una enorme tortuga. En ese momento Urashima se enfadó muchísimo y fue hacía los críos para reprenderlos y salvar la tortuga. Cuando acabó de hablar con los niños y estos se fueron cabizbajos, cogió la tortuga y la llevó al mar. Cuando vió que la tortuga reaccionaba al

contacto con el agua y se podía mover y nadar, regreso a casa muy contento.

Al cabo de un tiempo, Urashima se fue a pescar. Todo estaba tranquilo en el mar y Urashima tiraba al agua y recogía su red con entusiasmo. Una de las veces, al subir la red vio que estaba la tortuga que el había echado al mar unos días antes. Ésta le dijo: "Urashima, el gran señor de los mares se ha maravillado con la buena acción que hiciste conmigo, y me ha enviado para que te conduzca a su palacio.

Además te quiere dar la mano de su hija, la hermosa princesa Otohime". Urashima accedió gustoso y juntos se fueron mar adentro, hasta que llegaron a Riugú, la ciudad del reino del mar. Era maravillosa. Sus casas eran de esmeralda y los tejidos de oro; el suelo estaba cubierto de perlas y grandes árboles de coral daban sombra en los jardines; sus hojas eran de nácar y sus frutos de las más bellas pedrería.

Urashima se casó con Otohime, la hija del rey del mar, y pasaron una semana de una felicidad completa. Pero al cabo de esos días, Urashima pensó que sus padres debían de estar preocupados por él, y decidió subir a la superficie para decirles que se encontraba bien y que se había casado. Otohime comprendió a su marido, y dio una pequeña caja de laca atada con un cordón de seda. Cuando se la dio, le dijo que si quería volver a verla no la abriera.

Cuando Urashima llegó al pueblo, todo había cambiado, ya no reconocía ni las casas ni a las personas. Y cuando busco la casita de sus padres sólo vio un gran edificio en el que nadie sabía nada de unos ancianos. Finalmente, un señor viajo, viendo la desesperación de Urashima empezó a recordar y le explicó que no lo recordaba muy bien, porque había pasado mucho tiempo atrás, pero que recordaba a su madre explicarle la desdichada suerte de un par de ancianitos cuyo único hijo salió a pescar y no regresó jamás. Urashima empezó a comprender: mientras vivió en la ciudad del mar había perdido la noción del tiempo. Lo que le habían parecido sólo unos cuantos días habían sido más de cien años.

Se dirigió a la playa, y sin saber que hacer abrió la caja que le había dado su mujer. Al instante un viento frío salió de la caja y envolvió a Urashima. Éste recordó lo que le había dicho su mujer pero de pronto se sintió muy cansado, sus cabellos se volvieron blancos y cayó al suelo. Cuando a la mañana siguiente fueron los muchachos a bañarse, vieron tendido en la arena a un anciano sin vida. Era Urashima que había muerto de viejo.

Issun Boshi

Érase una vez un viejecito y una viejecita. Nunca pudieron tener niños, y esto les hacía sentir muy tristes, tal que le pidieron a los dioses que le dieran un niño: "Aunque no fuera ni más grande que un dedo, estaríamos contentos."

Y un día, tuvieron un bebe tan alto como un dedo. El viejecito y la viejecita estaban muy contentos, tanto tiempo habían esperado. Al bebé le llamaron "Issunboshi", que quiere decir pequeño y chiquitito, y le cuidaron con mucho cariño. Los años pasaron pero Issunboshi no crecía. A los tres años de edad, a los cinco, a los diez, siempre tenía la misma talla que tuvo el día que nació, es decir, la talla de un dedo. Sus papás se preocupaban mucho por esto. Le hinchaban de comida e hicieron todo lo posible, pero sin remedio. El chiquitito no crecía ni un pelo.

Tan pequeñito era Issunboshi que no

podía ayudar a la viejecita en la casa, y al salir al campo con el viejecito Issunboshi solamente podía portar una brizna de hierba a la vez.

Issunboshi era buen cantante y bailarín, pero a pesar de esto le caía muy malamente el no poder ayudar a sus papás. Además, los otros niños del pueblo siempre se reían de él y le burlaban con Œenanito[1]. Todo esto le dejaba muy triste, y decidió hacer un viaje. Le dijo al viejecito y la viejecita: "He decidido ir a la capital para buscar empleo."

El viejecito y la viejecita se sentían tristes al oír esto, pero le dieron un plato de sopa, un palillo de comer, y una aguja, y le desearon buena suerte. El chiquitito se puso el plato de sopa como gorro, la aguja como espada en la cintura y el palillo como caña de caminar, y se fue.

Caminaba y caminaba pero la capital caía muy lejos. En medio camino se encontró con un una hormiga y le preguntó si la ciudad estaba aún lejos.

La hormiga contestó:

"Vaya a través los dientes de león,
cruza el campo de girasoles,
y siga hacia el río."

Issunboshi le dio gracias a la hormiga y camino por entre los dientes de león y los girasoles hasta llegar al río. Allí, el plato de

sopa que usaba como paraguas se convirtió ahora a barco y el palillo a palo para empujar, e Issunboshi se embarcó sobre el río. Después de un rato llegó a un puente grande sobre cual había mucha gente. Al ver esta multitud, Issunboshi se imaginó que está era la capital y se bajó del barco.

La capital era muy grande, llena con muchísima gente de aspecto muy ocupado. Para el pequeñito Issunboshi, era un sitio peligroso, ya que a cualquier momento alguien podría pisarle sin ni darse cuenta. Issunboshi pensó que tendría que tener mucho cuidado, y que sería mejor caminar por las calles más calladas.

Mientras se paseaba dio con una casa grande; era la residencia de un rico y poderoso señor. Issunboshi se presentó al portal y llamó: "¡Por favor! ¿Hay alguien?" Un hombre se asombró pero no vio al pequeñito Issunboshi y volvió murmurando: "Pensé que oí alguien pero no hay nadie.: Otra vez Issunboshi llamó: "Aquí estoy, al lado de los zapatos."

El hombre miró hacia los zapatos y por fin vio a Issunboshi. Jamás vio alguien tan pequeño. El hombre se agachó, recogió al chiquitito y le puso en la mano, mirándole con gran interés. Al fin, le llevó al cuarto de la princesa. Allí, Issunboshi bailó y cantó con tanta gracia que todos en el cuarto se encantaron de él. En particular a la princesa le

gustó tanto este niñito de tamaño dedo que decidió mantenerle siempre con ella.

Issunboshi continuó a vivir en la gran casa del señor, como ayudante de la princesa: cuando ella leía, él daba vuelta a las páginas; cuando ella practicaba la caligrafía, él le hacía la tinta. A la misma vez, Issunboshi practicaba la esgrima con la aguja. Issunboshi siempre permanecía al lado de la princesa, y ella nunca faltaba de traerle durante su paseo.

Un día al regreso a casa después de visitar el templo Kiyomizu un bandido la ataco y trató de secuestrarla. Pero Issunboshi la acompañaba y en voz alta exclamó: "¡Déjala en paz! ¡Yo, Issunboshi, estoy aquí! ¡Cuídate, maldito!"

El bandito, al ver el pequeñito Issunboshi, se puso a reír: "¿Tú, enanito? ¿Qué me vas a hacer, morderme el tobillo? Y, ¡se lo tragó! Pero Issunboshi era bravo. Le hincó la aguja en el estómago y siguió hincándole con toda su fuerza mientras subía la garganta. El bandito se retorcía de dólar y gritaba: "¡Ay, ay!" Pero Issunboshi no paró hasta que por fin dio un salto afuera por la nariz del bandito, quien se escapó corriendo.

La princesa, ya salvada, recogió algo que el bandito abandonó al huirse. ¡Era un martillo mágico! Ella le explicó a Issunboshi que: "Esto es un martillo mágico. Con

solamente sacudirlo, cualquier deseo que tengas será cumplido." La princesa reconoció que Issunboshi le había rescatado, y le preguntó a Issunboshi: "¿Cuál es tu deseo?"

El pequeñito Issunboshi, tamaño dedo, contestó inmediatamente: "Mi deseo es ser grande."

La princesa sacudió el martillo mágico y repetía las palabras:

"Grande, grande.

Que el pequeñito Issunboshi se haga mas grande."

Issunboshi empezó a crecer y crecer, y pronto delante de la princesa había un hombre joven encantador.

Cuando llegaron a la gran casa, la princesa le contó a su papá, el gran señor, las hazañas de Issunboshi y su metamorfosis. El señor, agradecido, le dio permiso a su hija para casarse con Issunboshi, e Issunboshi invitó a su viejecito papá y mamá a la capital para vivir todos juntos. Todos se quedaron muy alegres. Colorín, colorado, este cuento se ha acabado.

Hanasaka jiisan

Hace mucho, mucho tiempo...

En un pequeño pueblo de Japón, vivía una pareja de abuelitos sin hijos y muy pobres. Un día, el abuelito vió a su vecino maltratar a su perrito porque había estropeado el campo. El abuelito le pidió que lo perdonara y si podían llevarlo a su casa; el vecino le dijo que sí.

El perrito, al que pusieron el nombre de Shiro (blanco en japonés), creció rápidamente. Un día, removiendo la tierra se puso a ladrar.

El abuelito fue a su lado para ver lo que pasaba y se sorprendió al ver la cantidad de dinero que había encontrado Shiro. Los abuelitos le dieron las gracias, y con ese dinero pudieron comprar los ingredientes para hacer bolas de arroz para repartir a todos los vecinos. El antiguo dueño de Shiro, al ver la habilidad del perro se lo llevó a su casa para que hiciera lo mismo en su jardín. Shiro empezó a cavar pero por más que cavaba solo aparecía basura. El

vecino se enfadó y lo mató.

Los abuelitos se pusieron a llorar, erigieron una tumba y plantaron un árbol en su memoria. El árbol creció en seguida. Un día, el abuelito se despertó diciendo que Shiro había aprecido en sus sueños diciendo que cortara el árbol para hacer un mortero para poder preparar mochis. Así lo hicieron, pero cada vez que preparaban mochis, esos mochis se convertían en dinero.

El vecino sintió envidia y se llevó el mortero, pero por más que hacía los mochis, éstos se convertían en basura. El vecino enfadado encendió el mortero, y los abuelitos se llevaron las cenizas a su casa. El abuelito se levantó otra vez diciendo que Shiro le había dicho en sus sueños que arrojara esas cenizas a un árbol de sakura que ya no tenía vida, y así lo hizo. En pocos minutos el árbol empezó a dar flores. Justo en ese momento, el monarca de la zona pasó por el lugar y se paró para ver las flores del sakura, y como eran tan hermosas, el monarca recompensó a los abuelitos dándoles dinero.

El vecino, al ver la suerte de los abuelitos, sintió envidia y celos. Robó un poco de ceniza e hizo lo mismo, pero no tuvo el mismo resultado que los ancianos por los malos sentimientos que tenía. Las cenizas que arrojó el vecino afectaron los ojos del monarca.

El vecino fue encarcelado y los abuelitos vivieron felices hasta el último día de sus vidas.

El Águila

El águila es una de las aves de mayor longevidad. Llega a vivir 70 años. Pero para llegar a esa edad, en su cuarta década tiene que tomar una seria y difícil decisión.

A los 40 años, ya sus uñas se volvieron tan largas y flexibles que no puede sujetar a las presas de las cuales se alimenta. El pico alargado y en punta, se curva demasiado y ya no le sirve. Apuntando contra el pecho están las alas, envejecidas y pesadas en función del gran tamaño de sus plumas, y para entonces, volar se vuelve tan difícil!

Entonces, tiene sólo dos alternativas: Dejarse estar y morir... o enfrentar un doloroso proceso de renovación que le llevará aproximadamente 150 días. Ese proceso consiste en volar a lo alto de una montaña y recogerse en un nido, próximo a un paredón donde ella no necesita volar y se siente más protegida.

Entonces, una vez encontrado el lugar adecuado, el águila comienza a golpear la roca con el pico ¡hasta arrancarlo! Luego espera que le nazca un nuevo pico con el cual podrá arrancar sus viejas con el cual podrá arrancar sus viejas uñas inservibles. Cuando las nuevas uñas comienzan a crecer, ella desprende una a una, sus viejas y sobrecrecidas plumas. Y recién después de todos esos largos y dolorosos cinco meses de heridas, cicatrizaciones y crecimiento, logra realizar su famoso vuelo de renovación, renacimiento y festejo para vivir otros 30 años más.

En nuestra vida también nos toca vivir procesos de reconversión, o sufrir la pena de sucumbir. Tenemos que resguardarnos por algún tiempo, meditar largamente y someternos a grandes sacrificios de desprendimiento, para desarrollar los cambios (de modo semejante al del águila), y luego ser capaces de recomenzar nuestra vida con nuevos bríos y esperanzas.

Durante ese tiempo reflexionaremos sobre los pesados recuerdos; remordimientos o culpas, malos hábitos, costumbres y prejuicios que nos causaban dolor.Haremos hincapié en aquellos que no nos dejaban vivir ni permitían surgir nuevos valores, ni que aprendiéramos todo lo que es útil para los nuevos tiempos, y mucho menos volar.

"Solamente siendo libres del peso del pasado, podremos aprovechar el valioso resultado que una renovación siempre nos trae"

Tanabata

Hace mucho, mucho tiempo, en algún lugar vivía un joven que un día volviendo del trabajo encontró una tela en el camino, la tela más bella que jamás había visto. "¡Qué tela tan bella!", dijo impresionado y la metió en su canasta.

En ese momento alguien lo llamó, y al voltear se sorprendió mucho al ver aparecer a una mujer muy bonita quien le dijo: "Me llamo Tanabata. Por favor devuélveme mi 'hagoromo'."

El joven le preguntó: "¿Hagoromo? ¿Qué es un hagoromo?"

La mujer le contestó: "Hagoromo es una tela que uso para volar. Vivo en el cielo. No soy humana. Descendí para jugar en aquella laguna, pero sin mi "hagoromo" no podré regresar. Por eso le pido que me la devuelva.

El joven avergonzado no pudo decir que él la había ocultado y le dijo: "¡Yo no sé de qué me hablas!"

Tanabata no pudo volver al cielo y no tuvo más remedio que quedarse en la tierra.

Con el tiempo ambos se hicieron muy amigos y posteriormente se casaron.

Después de unos años, Tanabata, cuando hacía la limpieza de la casa, encontró el hagoromo. Sorprendida se dirigió a su marido y le dijo: "¡Ah! Tú fuiste el que tomó mi hagoromo. Ahora que ya la he encontrado tengo que regresar al cielo. Si tú me amas, haz mil pares de sandalias de paja y entiérralas en torno a un bambú. Si lo haces podremos vernos nuevamente. Hazlo por favor. Te estaré esperando."

Diciendo estas palabras Tanabata subió al cielo.

El joven se quedó muy triste y empezó a hacer las sandalias de paja que Tanabata le había mencionado y así poder verla.

Un día hizo mil pares de sandalias de paja y las enterró en torno a un bambú.

En ese momento el bambú se alargó muy alto hasta el cielo.

El joven se sorprendió mucho y dijo: ¡Ah, Treparé el bambú y podré ver a Tanabata!". Y así lo hizo, subió y subió y llegó a la punta del bambú pero éste no llegaba al cielo. Le faltaba sólo un poco para llegar.

En realidad le faltaba un par de sandalias para completar el millar.

El joven dijo: "Me falta sólo un poco para alcanzar el cielo" y exclamó "¡Tanabata! ¡Tanabata!"

Su voz alcanzó a Tanabata quien se puso muy contenta y enseguida extendió su brazo y lo alzó.

Ellos muy felices se tomaron de las manos.

En ese momento apareció el padre de Tanabata quien le preguntó: "¿Quién es ese hombre?"

Tanabata le contestó: "Este es mi esposo."

El joven dijo: "Mucho gusto."

Al padre no le gustaba que Tanabata se haya casado con un humano y preguntó al joven: "¿Que trabajo tiene?"

El joven le contestó: "Soy labrador."

El padre dijo: ”Bueno durante tres días cuida mis tierras.”

”Sí. Entendido.”, respondió el joven.

Tanabata le dijo a su marido que su padre le estaba haciendo una trampa y que aunque tuviese sed no comiese ninguna fruta pues le ocurriría algo malo.”

El joven se puso a cuidar las tierras. Pasaron los días y empezó a tener mucha sed. ”Tengo mucha sed. Ya no puedo aguantar. Sólo un poco...”

En eso, las manos del joven se dirigían a la fruta inconscientemente. La tocó y de ella empezó a salir mucha agua, convirtiéndose en un río, el ”Amanogawa”. El joven y Tanabata quedaron separados por Amanogawa y ambos se convirtieron en estrellas, las estrellas Vega y Altaír. Desde entonces, la pareja con el permiso del padre, puede encontrarse sólo un día al año, el siete de julio. Ambas estrellas aún brillan en el cielo.

Momotaro

¿Qué crees que le puede pasar a un niño que salga de un melocotón? ¿Y si tiene como amigos a un perro, un mono y un faisán? Pues miles de aventuras, seguro. ¿Quieres conocerlas?

Hace mucho, mucho tiempo, en algún lugar de Japón vivía una pareja de ancianos.

Un día el anciano salió a la montaña a recoger leña mientras que la ancianita fue al río para lavar ropa. De repente, la ancianita vió que un enorme melocotón bajaba por el río, aguas abajo. Ella lo recogió y se lo llevó a casa.

El anciano al llegar a casa se sorprendió al ver tan enorme melocotón y dijo: "¡Qué melocotón tan grande!, ¿lo cortamos? y la anciana contestó: "¡Sí, vamos a cortarlo!" Pero antes de cortarlo, el melocotón empezó a moverse y de su interior salió un niño.

Los ancianos se sorprendieron al ver a un niño salir de aquel enorme melocotón, pero también se alegraron porque como no tenían hijos, ese niño se convertiría en su único hijo.

”¡Lo llamaremos Momotaro! porque nació de un ”momo”, dijo la anciana.

Momotaro comía mucho y creció fuerte y robusto. Nadie podía rivalizar con él. Era bueno y ayudaba a sus padres en todo lo que le pedían, pero había algo que preocupaba a los ancianos: Momotaro no aún no había pronunciado ni una sola palabra.

Por aquella época, unos demonios estaban causando alboroto y cometiendo fechorías por todo el pueblo, y Momotaro se indignaba y pensaba que: ”¡Esta situación no lo puedo tolerar!”.

Un día, de repente comenzó a hablar y dijo a sus padres: ”¡Voy a castigar a los demonios! Me tenéis que ayudar a preparar mis cosas para salir a buscarlos.” Los ancianos se quedaron sorprendidos al escuchar por primera vez la voz de Momotaro. Así que ayudaron a su hijo y le dieron ropas nuevas y ”kibi dango” para que pudiera comer durante el viaje.

Momotaro partió hacia la isla de los demonios. Los ancianos rezaban para que su hijo se encontrara sano y salvo.

Momotaro se encontró en el camino con un perro. El perro le dijo: ”¡Oye! Dame un ”kibi dango” por favor. Si me lo das te ayudaré en lo que sea”. Momotaro le entregó un ”kibi dango” y empezaron a caminar juntos.

Poco después se encontraron con un mono, el cual pidió a Momotaro lo mismo que el perro. Momotaro cogió un ”kibi dango” y se lo entregó, y los tres empezaron la marcha

nuevamente.

En el camino a la isla del demonio, encontraron a un faisán, el cual pidió lo mismo que los anteriores y se unió al grupo.

Pasaron unos días y llegaron por fin a la "isla de los demonios". El faisán realizó un vuelo de reconocimiento y al volver dijo: "Ahora todos están tomando Sake". Momotaro pensó que era una buena ocasión y dijo: "Vamos".

Pero no podían entrar porque el portón estaba cerrado. En ese momento el mono saltó el portón y abrió la cerradura.

Los cuatro entraron a la vez y los demonios quedaron sorprendidos al verlos. El perro mordió a un demonio, el mono arañó a otro mientras que el faisán picoteaba a un tercero. Momotaro dio un cabezazo al jefe de los demonios y le dijo: "¡No hagáis más cosas malas!". Los demonios contestaron: "¡Nunca más lo haremos!, ¡perdónanos!".

Momotaro los perdonó y recobró el tesoro robado, volviendo a casa sano y salvo con sus amigos y repartiendo las riquezas entre la gente del pueblo.

La montaña donde se abandonaban los ancianos

En un pueblo de las montañas abandonan a los ancianos cuando cumplen sesenta años porque creen que ya no pueden se útiles. Pero un pobre campesino decide no hacerlo

¡Descubre el valor y la sabiduría de nuestros mayores con este cuento!

Había una vez, hace mucho, mucho tiempo, una pequeña región montañosa dónde

tenían la costumbre de abandonar a los ancianos al pie de un monte lejano. Creían que cuando se cumplían los sesenta años dejaban de ser útiles, por lo que no podían preocuparse más de ellos.

En una pequeña casa de un pueblecito perdido, había un campesino que acababa de cumplir los sesenta años. Durante todos estos años había cuidado la tierra, se había casado y había tenido un hijo. Después había enviudado y su hijo también se casó, dándole dos preciosos nietos. A su hijo le dio mucha pena, pero no podía desobedecer las estrictas órdenes que le había dado su señor. Así que se acercó a su padre y le dijo:

- Padre, los siento mucho, pero el señor de estas tierras nos ha ordenado que debemos llevar a la montaña todos los mayores de sesenta años.

- Tranquilo hijo, lo entiendo. Debes hacer lo que el señor diga -, contestó el anciano lleno de tristeza.

Así que el joven se cargó al viejo a la espalda, ya que a su padre ya le era difícil caminar por el bosque, e inició el viaje hacia las montañas. Mientras iban caminando, el joven se fijó que su padre dejaba caer pequeñas ramas que iba rompiendo. El joven creyó que quería marcar el camino para poder volver a casa pero cuando le preguntó, el anciano le dijo:

- No lo estoy haciendo para mí, hijo. Pero vamos a un lugar lejano y escondido, y sería un desastre que te desorientases y no pudieses volver. Así que he pensado que si iba dejando ramitas por el camino seguro que no te perderías.

Al oír estas palabras el joven se emocionó con la generosidad de su padre. Pero continuó caminando por qué no podía desobedecer al señor de esas tierras.

Cuando finalmente llegaron al pie de la montaña, el hijo, con el corazón hecho pedazos, dejó allí a su padre. Para volver decidió utilizar otra ruta, pero se hacía de noche y no conseguía encontrar el camino de vuelta. Así que retrocedió sobre sus pasos y cuando llegó junto a su padre le rogó que le indicara por dónde tenía que ir. Se volvió a cargar a su padre a la espalda y, siguiendo las indicaciones del anciano, empezó a cruzar el valle por el que habían venido.

Gracias a las ramitas rotas que el viejo había dejado por el camino, pudieron llegar a su casa. Toda la familia se puso muy contenta cuando vieron de nuevo al anciano. Entonces, el joven decidió esconderlo debajo los tablones del suelo de su cabaña para que nadie lo viese y no le obligasen a llevárselo otra vez.

El señor del país, que era bastante caprichoso, a veces pedía a sus súbditos que

hiciesen cosas muy difíciles. Un día, reunió a todos los campesinos del pueblo y les dijo:

- Quiero que cada uno de vosotros me traiga una cuerda tejida con ceniza.

Todos los campesinos se quedaron muy preocupados. ¿Cómo podían tejer una cuerda con ceniza? ¡Era imposible! El joven campesino volvió a su casa y le pidió consejo a su padre, que continuaba escondido bajo los tablones.

- Mira -, le explicó el anciano-, lo que tienes que hacer es trenzar una cuerda apretando mucho los hilos. Luego debes quemarla hasta que solo queden cenizas.

El joven hizo lo que su padre le había aconsejado y llevó la cuerda de ceniza a su señor. Nadie más había conseguido cumplir con la difícil tarea. Así que el joven campesino recibió muchas felicitaciones y alabanzas de su señor.

Otro día, el señor volvió a convocar a los hombres de la aldea. Esta vez les ordenó a todos llevarle una concha atravesada por un hilo. El joven campesino se volvió a desesperar. ¡No sabía cómo se podía atravesar una concha! Así que, cuando llegó a casa, volvió a preguntar a su padre lo que debía hacer y éste le contestó:

- Coge una concha y orienta su punta hacia la luz- explicó el anciano-. Después coge un hilo y engánchale un grano de arroz. Entonces dale el grano de arroz a una hormiga

y haz que camine sobre la superficie de la concha. Así conseguirás que el hilo pase de un lado al otro de la concha.

El hijo siguió las instrucciones de su padre y así pudo llevar la concha ante el señor de esas tierras. El señor se quedó muy impresionado:

- Estoy orgulloso de tener gente tan inteligente como tú en mis tierras. ¿Cómo es que eres tan sabio? - le preguntó el señor.

El joven decidió contestarle toda la verdad:

- Veréis señor, debo ser sincero. Yo debería haber abandonado a mi padre porqué ya era mayor, pero me dio pena y no lo hice. Las tareas que nos encomendó eran tan difíciles que solo se me ocurrió preguntar a mi padre. Él me explicó cómo debía hacerlo y yo os he traído los resultados.

Cuando el señor escuchó toda la historia, se quedó impresionado y se dio cuenta de la sabiduría de las personas mayores. Por eso se levantó y dijo:

- Este campesino y su padre me han demostrado el valor de las personas mayores. Debemos tenerles respeto y por eso, a partir de ahora, ningún anciano deberá ser abandonado.

Y a partir de entonces les ancianos del pueblo continuaron viviendo con sus familias aunque cumplieran sesenta años, ayudándolos con la sabiduría que habían acumulado a lo largo de toda su vida.

Yosaku y el pájaro mágico

Conoce la historia de Yosaku, un joven pobre y bondadoso que recibe una misteriosa sorpresa. Pero hay secretos que rompen la magia si se descubren.

Hace muchos años, en Japón, había un joven muy pobre que vivía en una casita en medio de un gran bosque. Se llamaba Yosaku y se ganaba la vida recogiendo leña de la montaña para después venderla en la ciudad.

Un día que nevaba y hacía mucho frío, Yosaku salió como siempre de su casa para vender la leña en el mercado. Con lo que le

dieron por la leña, se compró la comida para aquel día. De regreso a casa, oyó unos sonidos muy extraños. Al acercarse, descubrió un pájaro que estaba prisionero en una trampa.

- Pobre pájaro - pensó. Voy a ayudarlo a librarse de la trampa. Está sufriendo mucho.

Lo liberó de la trampa y el pájaro alzó el vuelo con gran alegría. Yosaku sonrió satisfecho y siguió su camino hacia casa. Había empezado a nevar y hacía mucho frío.

Una vez en casa y mientras encendía la chimenea, llamaron a la puerta. Yosaku no tenía ni idea de quién podía ser.

¡Qué sorpresa! Cuando abrió la puerta vio una joven preciosa, que estaba tiritando de frío. Yosaku le dijo:

- Pasa y caliéntate.

La joven explicó a Yokaku que se dirigía a visitar a un familiar que vivía cerca de allí.

- Ya es de noche- dijo Yosaku mientras miraba por la ventana.

- ¿Sí? contestó la joven. ¿Dejarías que me quedara a dormir esta noche aquí?, preguntó

- Me gustaría, de veras, Pero soy pobre y no tengo cama ni nada para comer.

- No me hace falta, contestó la joven

- Entonces, puedes quedarte, dijo Yosaku

Durante la noche, la joven hizo todas las faenas de la casa. Cuando Yosaku se despertó la mañana siguiente se puso muy contento al ver todo tan limpio.

Continuó nevando sin parar un día tras otro y la joven le preguntó: - ¿Puedo quedarme hasta que deje de nevar?

- Por supuesto que sí, contestó Yosaku

Pasaban los días y no paraba de nevar. Yosaku y la joven se hicieron muy amigos y poco a poco se fueron enamorando. Un día ella le preguntó:

- ¿Quieres casarte conmigo? Así siempre estaremos juntos

- Sí, contestó Yosaku.¡Acepto!

- A partir de ahora me puedes llamar Otsuru- dijo la joven

Después de casarse, Otsuru trabajaba y ayudaba mucho a su marido. Yosaku estaba muy feliz.

Un día, cuando Yosaku iba a salir a vender la leña, Otsuru le pidió que le comprara hilos de seda de colores. Iba a tejer. Mientras su

marido iba al mercado a vender la leña y le compraba los hilos, Otsuru se quedó en casa preparando el telar para tejer. Cuando Yosaku, Otsuru se encerró en una habitación y le pidió que no entrara mientras ella trabajaba. Otsuru pasó tres días tejiendo sin salir de la habitación y no comía ni dormía. Cuando acabó de tejer salió de la habitación e inmediatamente le enseñó a Yosaku el tejido que había hecho.

Yosaku quedó maravillado. Era un tejido fino y delicado que combinaba colores y tonalidades de una manera increíble. Parecía imposible que unas manos fuesen capaces de crear un tejido de esa belleza.

- ¡Qué tejido tan bonito! ¡Es una maravilla! ? exclamó Yosaku

- Podrías venderlo en la ciudad y sacarías mucho dinero- le dijo Otsuru

Yosaku fue a la ciudad ofreciendo a los señores ricos el precioso tejido. El rey, que paseaba por el mercado, vio el tejido y lo quiso comprar. Le ofreció mucho dinero a Yosaku, que volvió a casa muy contento y le dio las gracias a su esposa. Le dijo que el rey quería más tejido de aquél.

- No te preocupes- dijo Otsuru,- Ahora mismo me pongo a tejer más.

Esta vez también tardó cuatro días en tejer y

estuvo sin comer ni dormir. Estaba muy débil cuando salió de la habitación.

Ella le dijo:

- Ya lo he acabado pero es la última vez que lo hago

- sí, sí - dijo Yosaku. No quiero que enfermes de tanto trabajar.

Yosaku llevó el tejido al rey quién le pagó muy bien. Cuando el rey miró la pieza dijo:

- Necesitaré más para el kimono de la princesa

Yosaku le explicó que era la última pieza que vendía, que era imposible que se hiciera más. Pero el rey amenazó con degollarlo si no le vendía más tejido. Así que Yosaku tuvo que ceder a la fuerza. Cuando llegó a casa, Yosaku le explicó lo que había ocurrido a Otsuru y le pidió que por favor tejiera una vez más otra pieza. Otsuru aceptó el encargo y se metió en la habitación a tejer como las otras veces. Pero pasaron los días y Otsuru no salía de la habitación. Yosaku estaba muy preocupado por Otsuru, que estaba débil y delgada pero trabajaba sin parar. Como no podía entrar en la habitación, cada día se inquietaba más. Pero un día Yosaku no pudo resistirlo y decidió entrar en la habitación para ver como estaba su esposa. Y entonces vio una cosa sorprendente: un

precioso pájaro que tejía con sus propias alas. El pájaro se giró y al ver a Yosaku empezó a cambiar de forma y se transformó en Otsuru. Yosaku no podía creer lo que veían sus ojos.

- ¡Has descubierto mi secreto! ? exclamó. ? Yo soy el pájaro que un día ayudaste a librarse de la trampa?..- dijo entre sollozos

Yosaku se había quedado sin habla

- Pero ahora que has descubierto mi secreto, me tendré que ir ? dijo. Y cuando había acabado de decirlo, Otsuru se transformó otra vez en el pájaro y salió volando por la ventana.

Yosaku empezó entonces a gritar llorando:

- Espera, vuelve por favor, vuelve!

Pero el pájaro ya había alzado el vuelo y se alejaba emitiendo sonidos tristes.

La grulla agradecida

Hace mucho tiempo, un joven vivía solo en una casita al lado del bosque. Cierto día de invierno que había nevado mucho, mientras volvía a casa, el joven oyó un extraño ruido, que parecía provenir de un campo lejano. Se acercó hasta allí, y descubrió que el ruido eran los quejidos de dolor de una grulla (鶴 tsuru) que estaba tumbada sobre la nieve, con una flecha clavada en una de sus alas. El joven se compadeció del pobre animal, y con mucho cuidado, le arrancó la flecha. El ave, ya libre, voló hacia el cielo y desapareció.

El joven volvió a casa. Su vida era solitaria, triste y muy pobre, apenas tenía dinero para poder comer, y se sentía muy solo porque nadie le visitaba nunca. Pero de repente, esa misma noche, alguien llamó a la

puerta. ”¿Quién será, a estas horas y con una nevada así?”, pensó el joven. Y cuál no fue su sorpresa cuando, al abrir la puerta, se encontró a una joven y preciosa muchacha, que le dijo que se había perdido a causa de la intensa nevada y le pidió que le permitiera descansar y pasar la noche en su casa. Él, naturalmente, aceptó encantado, y la muchacha se quedó hasta el amanecer, y también todo el día siguiente. Era una jovencita tan hermosa, tan dulce y tan humilde, que nuestro protagonista se enamoró de ella y le pidió que se convirtiera en su esposa.

Ambos jóvenes se casaron y vivieron felices, a pesar de su pobreza. Hasta los vecinos se alegraron mucho de verles a los dos tan contentos. Pero el tiempo vuela, y pronto volvió a llegar otro crudo invierno.

El joven y su mujer, tan pobres como eran, se encontraron una vez más sin comida y sin dinero. Cierto día la mujer le dijo: - Yo sé tejer bien y puedo confeccionar hermosas telas. Es posible que las puedas vender por un buen precio en el mercado del pueblo y que con eso consigamos dinero para vivir. Su marido aceptó, y le construyó él mismo un telar en la parte trasera de la casa. Antes de empezar su trabajo, la joven le rogó que le prometiera no entrar nunca en aquel cuarto durante el tiempo que ella estuviera trabajando. Él se lo prometió, y durante tres días con sus tres noches, sin salir de la habitación en ningún momento, la joven trabajó sin descanso hasta terminar una preciosa tela, que su esposo, efectivamente, logró vender

por un buen precio en el mercado del pueblo.

Con el dinero de esta venta, el joven matrimonio pudo sobrevivir durante varias semanas, pero pronto se les terminó y volvieron a encontrarse en la pobreza, en medio de aquel durísimo invierno que aún no había acabado. Así que otra vez se metió la mujer en el telar, y de nuevo se pasó varias noches confeccionando otro tejido, tras haberle vuelto a prometer su marido que no entraría en el cuarto mientras ella trabajaba. Esta vez fueron cuatro días los que la joven se pasó encerrada en el telar trabajando ininterrumpidamente, al cabo de los cuales, la mujer había confeccionado un tejido más hermoso y fino aún que el anterior. Tan maravilloso era, que con el precio de su venta el joven matrimonio logró dinero suficiente para sobrevivir durante el resto del invierno y todo el año siguiente.

Desgraciadamente, esta seguridad para el futuro empezó a despertar sentimientos de avaricia en el joven. Movido por los deseos de conseguir más dinero, y por la insistencia de sus vecinos, que le preguntaban cómo era posible que su mujer tejiera tan bien sin salir nunca a comprar hilo, le pidió una y otra vez que volviera al telar y confeccionara un tercer tejido. Ella al principio se negó, porque pensaba que ya tenían suficiente dinero para vivir y no era necesario que siguiera tejiendo, pero el joven siguió insistiéndole hasta que finalmente ella accedió.

Así que de nuevo se metió en la habitación del telar dispuesta a confeccionar el nuevo tejido, no sin antes recordarle a su marido la promesa de no entrar mientras ella estuviera ocupada. Pero esta vez, el joven, llevado por su curiosidad, decidió incumplir su promesa, y abrió la puerta del telar. La sorpresa que se llevó al ver lo que sucedía fue tan grande, que dejó escapar un grito. Allí, manejando el telar, no estaba su mujer, sino una blanca grulla que confeccionaba el tejido con sus propias plumas, que ella misma se iba arrancando. Al oír gritar al joven, la grulla dejó de trabajar e inmediatamente se metamorfoseó en la misma joven y hermosa muchacha con la que él se había casado.

- Yo soy la grulla a la que tú ayudaste aquel día, explicó el ave -, y quería mostrarte mi agradecimiento convirtiéndome en tu mujer y ayudándote a salir de la pobreza, sacrificando para ello las plumas de mi propio cuerpo, con las que hacía estas telas que te han dado tanto dinero para vivir. Pero ahora que has descubierto mi secreto, ya no puedo seguir aquí, así que me voy para siempre. - No te vayas - suplicó el joven -. Perdóname, por favor, tú vales más para mí que todo el dinero del mundo. Quédate conmigo, te lo ruego. Pero a pesar de sus ruegos, ya no había remedio. La joven volvió a metamorfosearse en grulla, y levantando el vuelo, se fue para no volver jamás.

El cuento del amor y la locura

Cuentan que una vez se reunieron en algún lugar de la Tierra todos los sentimientos y cualidades de los seres humanos.

Cuando el Aburrimiento había bostezado por tercera vez, la Locura, como siempre tan loca, les propuso: “¡Vamos a jugar al escondite!”.

La Intriga levantó la ceja intrigada y la Curiosidad, sin poder contenerse, le preguntó: “¿Al escondite? Y, ¿cómo es eso?”. “Es un juego —explicó la Locura— en el que yo me tapo la cara y comienzo a contar desde uno

hasta un millón, y, cuando yo haya terminado de contar, el primero de ustedes al que yo encuentre ocupará mi lugar para continuar el juego”.

El Entusiasmo bailó entusiasmado secundado por la Euforia. La Alegría dio tantos saltos que terminó convenciendo a la Duda, e incluso a la Apatía, a la que nunca le interesaba hacer nada.

Pero no todos querían participar. La Verdad prefirió no esconderse... ¿para qué? si al final siempre la hallaban. Y la Soberbia opinó que era un juego muy tonto (en realidad lo que le molestaba era que la idea no hubiese sido suya). Y la Cobardía prefirió no arriesgarse.

“Uno, dos tres...”, comenzó a contar la Locura.

La primera en esconderse fue la Pereza. Como siempre tan perezosa se dejó caer tras la primera piedra del camino. La Fe subió al cielo, y la Envidia se escondió tras la sombra del Triunfo que, con su propio esfuerzo, había logrado subir a la copa del árbol más alto. La Generosidad casi no alcanzó a esconderse, cada sitio que hallaba le parecía maravilloso para alguno de sus amigos. Que si un lago cristalino para la Belleza; que si una hendida en un árbol, perfecto para la Timidez; que si el vuelo de una mariposa, lo mejor para la Voluptuosidad; que si una ráfaga de viento, magnífico para la Libertad;... Y así terminó por acurrucarse en

un rayito de sol.

El Egoísmo, en cambio, encontró un sitio muy bueno desde el principio: aireado, cómodo,... pero sólo para él. La Mentira se escondió en el fondo de los océanos (mentira, se escondió detrás del arco iris). La Pasión y el Deseo, en el centro de los volcanes. El Olvido,... se me olvidó dónde se escondió el Olvido, pero eso no es lo más importante.

La Locura contaba ya novecientos noventa y nueve mil novecientos noventa y nueve... Y el Drogamor no había aún encontrado sitio para esconderse entre sus flores.

Un millón contó la Locura y comenzó a buscar.

La primera a la que encontró fue la Pereza,... a sólo tres pasos detrás de unas piedras. Después se escuchó la Fe discutiendo con Dios sobre Teología, y a la Pasión y el Deseo los sintió vibrar en los volcanes. En un descuido encontró a la Envidia y, claro, pudo deducir dónde estaba el Triunfo. Al Egoísmo no tuvo ni que buscarlo, él solo salió disparado de su escondite, que había resultado ser un nido de avispas. De tanto caminar sintió sed, y al acercarse al lago descubrió a la Belleza. Y con la Duda resultó más fácil todavía, pues la encontró sentada en una cerca sin decidir aún dónde esconderse.

Así fue encontrando a todos. Al Talento entre la hierba fresca, a la Angustia en una oscura cueva, a la Mentira detrás del arco iris (mentira,... en el fondo del mar). Hasta el Olvido,... que ya se había olvidado que estaba jugando a las escondidas.

Pero, sólo el Amor no aparecía por ningún sitio.

La Locura buscó detrás de cada árbol, bajo cada arroyo del planeta, y en la cima de las montañas, y cuando estaba por darse por vencida divisó un rosal y pensó: “El Amor, siempre tan cursi, seguro se escondió entre las rosas”. Y tomando una horquilla comenzó a mover las ramas,... cuando de pronto se escuchó un doloroso grito... Las espinas habían herido los ojos del Amor, y la Locura no sabía qué hacer para disculparse. Lloró, rogó, pidió perdón y hasta prometió ser su lazarillo.

Desde entonces, desde que por primera vez se jugó en la Tierra al escondite, el Amor es ciego,... y la Locura siempre lo acompaña.

Esta obra se terminó
de digitalizar a pdf
en Noviembre de 2019.

Se usaron los siguientes tipos de letra:

IM FELL DW Pica N° 12 y N° 48
Arial N°16

Tamaño Estamento 3×2, centrado.